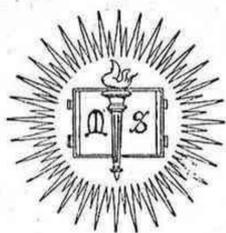


# La Ilustración



# Artística

AÑO XX

BARCELONA 23 DE SEPTIEMBRE DE 1901

Núm. 1.030



DURANTE EL DESCANSO, cuadro de Manuel Cusi. (Exposición Robira, calle de Escudillers.)

## SUMARIO

**Texto.**— *Algunas calles del antiguo Madrid (Etimologías, historias y tradiciones)*, por E. Rodríguez-Solis. — *Prueba de convicción*, por Luis Ruiz Contreras. — *Domingo Morelli*, por S. — *La razón de lo vulgar*, por Marcos Jesús Bertrán. — *Nuestros grabados. — Miscelánea. — Problema de ajedrez. — Un misterio*, novela por Henry Greville, con ilustraciones de Méndez Bringa. — *El globo dirigible de M. Santos-Dumont*, por G. Espitalier.

**Grabados.**— *Durante el descanso*, cuadro de M. Cusi. — Dibujos de Cabrinety que ilustra el artículo *Prueba de convicción*. — El pintor italiano *Domingo Morelli* y cuatro grabados que reproducen otras tantas obras del mismo. — *Tercer Misterio de Dolor*, grupo escultórico de A. Nogués. — *Miseria*, cuadro de C. Laurenti. — *La hermana mayor*, cuadro de L. Nono. — *Santa Lucía*, cuadro de P. Cipolla. — *Hogar dichoso*, cuadro de P. Descelles. — *Guillermo Mac Kinley*. — *Paisaje*, cuadro de Galwey. — *M. Santos-Dumont*. — Figs. 1 y 2. *El globo dirigible «Santos-Dumont»*. — *Una calle de Oyarzun*, cuadro de A. Larraga.

## ALGUNAS CALLES DEL ANTIGUO MADRID

(ETIMOLOGÍAS, HISTORIAS Y TRADICIONES)

Suponiendo que nuestros ilustrados lectores no han de ver con disgusto esta relación, vamos a transcribir las etimologías, historias y tradiciones que hemos podido reunir, estudiando los antiguos fueros, Memorias é Historias de la imperial y coronada villa de Madrid, así como los planos de Teixeira de 1656 y el de 1767, sobre algunas de sus calles, plazas y puertas. Es un trabajo que no carece de interés; porque si la historia tiene su verdad, la leyenda y la tradición tienen igualmente la suya, por más que sea de distinta naturaleza. Podrá ser la primera más cierta, pero las otras resultarán siempre más poéticas.

**Calle del Atalúd** (hoy travesía de Trujillo). — Un notable autor la describe así: «Estrecha y alta, con una medrosa lámpara alumbrando una imagen de Jesús, bajo la cual pasa un embozado que lleva todavía en la mano la espada con que ha matado a su contrario.» Créese que debió tan extraño nombre al parecido de la calle con un ataúd.

**Calle de las Animas.** — No lejos de la ermita de Santa Bárbara, al final de la calle de Hortaleza, existió un edificio que fué casa de recreo del infante D. Tello. En una gran epidemia que sufrió Madrid fueron trasladados a ella los enfermos, por considerar más sanos aquellos sitios, enterrando los que morían en un corralón cercano. La *Hermandad de San Sebastián* estableció mesas cubiertas de bayeta negra y sobre ellas una bandeja y una figura de las ánimas, en solicitud de limosna para hacer sufragios a los muertos.

**Calles de Aunque os pese, Sal si puedes y Enhoramala vayas** (hoy travesías de las Beatas y de la Parada). — La historia de estas tres calles es en realidad una sola. D. Francisco de Guzmán, D. Pedro Ruiz de Alarcón y Alvaro Díaz adquirieron la casa, jardines y terrenos del alférez D. Bernardino de Barrionuevo, disputándose con gran encarnizamiento el molino y la parada de aguas que de él provenía. Hubo injurias, bofetadas, multas y pleitos. Don Francisco de Guzmán, hombre de gran empuje, llevó trabajadores para derribar el molino. Quisieron impedirlo Díaz y Alarcón; pero él sacando la espada trazó en el aire una cruz y dijo en tono de juramento: «Lo he de demoler aunque os pese, caballeros.»

Estando ya casi derribado el molino, quedóse Guzmán aquella noche con los trabajadores a fin de terminar la obra en el siguiente día; pero Alarcón y Díaz mandaron poner fuego a la cerca de madera que había hecho construir alrededor, y cuando ya ardía por los cuatro costados, gritaronle en son de mofa: «Sal si puedes.»

El caballero Guzmán salió, jurando que había de derribar el molino, y sus compañeros le contestaron con desprecio: «Enhoramala vayas.»

Cuéntase que años después el nuncio Gravina, deseando ver una imagen que de la Virgen del Desierto habían colocado en la disputada calle, preguntó a un estudiante que encontró al paso en dónde se hallaba.

— *Enhoramala vayas*, respondió el sopista.

— ¿Así contestas al nuncio de Su Santidad?

— Ved su nombre en el azulejo.

— Poco a propósito es el nombre de la calle para haber en ella una Virgen.

— Pero está vuelta de espaldas.

La musa popular les dedicó la siguiente copla:

«De Enhoramala vayas  
Vivo en la calle;  
Y en la esquina Aunque os pese  
Vive mi jaque:  
De lo que infiero  
Que te mudarás pronto  
A la del Cuerno.»

**Calle del Azotado.** — Hernán Carnicero vivía más abajo de San Pedro el Viejo, y por un robo cometi-

do en la casa de Mari-Gozalve, inmediata a la suya, fué sentenciado a la pena de azotes, debiendo sufrirla, en parte, frente de su casa. Curadas sus espaldas en el Hospital General, volvió a ella avengonzado, y se propuso venderla, pero sin hallar comprador, pues todos la conocían por la *casa del Azotado*. Furioso Hernán, púsole fuego una noche, quemándose igualmente las inmediatas. Indignado el Consejo castigó a Hernán; mandó reedificar las casas; que la calle se denominase *del Azotado*, y que todos cuantos habían de sufrir esta pena fuesen azotados delante de ella.

**Calle del Aguardiente.** — Llamóse así porque desde el tiempo de los árabes vendiase el aguardiente en unas ballucas allí establecidas, originándose graves conflictos entre los cristianos y los moros, que también acudían a comprarlo. Para evitarlos, el regidor Luján de la Rosa, que allí cerca habitaba, logró que la venta del aguardiente se trasladase a otro sitio, pero no por eso perdió la calle el nombre *del Aguardiente*.

**Calle de la Cabeza.** — Vivía en esta calle un sacerdote que poseía una regular fortuna, y a quien su criado robó y mató con tanta crueldad, que de una cuchillada le separó la cabeza del tronco. Fugóse de Madrid el criado, volviendo años después transformado en caballero. Paseando por el *Rastro* compró una cabeza de carnero, llevándola bajo la capa; pero un alguacil que le seguía, notando el rastro de sangre que el fingido caballero dejaba tras de sí, detúvole preguntándole la causa, a lo que el interpelado respondió presentándole la cabeza del carnero... Pero ¡cuál sería su asombro al encontrarse con que ésta se había convertido en la del sacerdote asesinado! Preso y condenado a muerte, sufrió la plaza Mayor. El rey Felipe III mandó poner una cabeza de piedra en la fachada de la casa del desgraciado clérigo.

D. Domingo María Ripoll supone que el trágico suceso ocurrió en la calle de la Cruz y casa que llamaron *de la Cabeza*.

**Campillo de Manuela** (hoy calle de San Carlos). — Créese que a este famoso sitio del barrio de Lavapiés, al que bajaban los señores a concertar desafíos, promover motines y enamorar mujeres, deben el nombre de *Manolos* los hijos de Madrid.

**Cruz Verde** (plaza). — Según la tradición, celebrábase en esta plaza los *autillos* de la Inquisición, y en memoria del último se colocó una gran cruz de madera, pintada de verde, que desapareció con la acción del tiempo.

**Calle del Cuerno.** — Esta calle, de que hablan los versos que dejamos copiados, debía dar al antiguo convento de Santa Clara y desaparecer a principios del siglo XIX, cuando por orden de José Bonaparte se derribaron muchas casas y diversas calles para construir la plaza de Oriente, en la que se alza el real palacio en una forma más amplia.

**Calle de Gitanos** (hoy de Arlabán). — Llamóse *de Gitanos* porque en su término vivían las gentes de aquella raza, cuando aquel sitio era un arrabal.

Parece que entre un montón de leña que para calentarse tenían los gitanos, fué encontrada la imagen de la Virgen de las Maravillas, que una señora piadosa les compró, trasladándola a su casa, hasta que fué llevada al convento de las Carmelitas descalzas de aquel nombre.

**Calle de la Inquisición.** — En ella tenía el tribunal de la Inquisición sus calabozos.

Antes se tituló *de Premostratenses*, por el convento de frailes de esta orden.

Después se llamó *de María Cristina*.

**Calle de Latoneros.** — Tomó su nombre de las tiendas de latoneros que en ella existían.

Cuéntase que había un oficial de latonero que improvisaba con pasmosa facilidad. El rey Felipe IV, que presumía de poeta, presentóse en el taller con su favorito el conde-duque, y se dirigió al improvisador, exclamando:

— «¡Dícenme que vertéis perlas!..»

contestándole el oficial:

— «Sí, señor, mas son de cobre;  
Y como las vierte un pobre,  
Nadie se baja a cogerlas.»

**Lavapiés** (plaza de). — Según documentos que el ayuntamiento de Madrid posee, llamóse desde tiempo inmemorial *Lavapiés*, por más que el Sr. Mesonero Romanos crea se la denominaba *Avapiés*.

Capmany supone se llamó así por unos árboles, cuyos troncos bañaba un arroyuelo que descendía por el sitio que hoy ocupa la vía pública.

**Calle de la Morería.** — Después de la conquista de Madrid por Alfonso VI, señalóse a los árabes este sitio para que morasen en él.

**Calle del Muerto** (hoy travesía de Trujillo). — Pare-

ce que debió tan fúnebre título a una casa que en ella había, conocida por *la de los Muertos*, ya por haber vivido en ella dos hermanos gemelos apellidados *Muerto*, ya porque los citados hermanos murieron el mismo día, si bien se apellidaban *Trujillos*.

**Calle del Panecillo** (hoy travesía de San Justo). — En ella se daba un panecillo de limosna, a cada pobre que se presentaba, en nombre del arzobispo don Luis Antonio Jaime.

**Calle de la Pingarrona** (hoy de Soler y González). — En el siglo XVII fué célebre en ella el ventorillo de una mujer llamada Juana, a quien por su estatura colosal y su aire desgarrado apodaban *la Pingarrona*.

**Puerta del Sol.** — Llamóse así por una imagen del sol que había pintada encima de la puerta de un castillo levantado en 1520 para defender a Madrid de los foragidos.

**Puerta Cerrada ó de la Culebra.** — Sus extrañas revueltas impedían que se viesen los que entraban y los que salían. Llamóse *de la Culebra* por tener encima una culebra ó dragón; y luego *Puerta Cerrada* por haberlo estado largo tiempo, para evitar las hazañas de los facinerosos que en ella se escondían a fin de robar a las gentes que salían, antes de cruzar el puentecillo *de la Cava* ó foso que corría al pie de la muralla y era muy hondo. Poblado luego aquel arrabal, hacia lo que hoy son las calles de Toledo y Atocha, hubo necesidad de abrirla, siendo demolida en 1569.

Tirso de Molina escribió en una de sus comedias:

«Como Madrid está sin cerca,  
A todos gustos da entrada;  
Nombre hay de *Puerta Cerrada*,  
Mas pásala quien se acerca.»

**Rastro.** — Llamóse así por ser el sitio donde van a parar las prendas y efectos de desechos, así como las robadas.

Allí murió el tío Carcoma, quien llegó a reunir un capital fabuloso comprando y vendiendo efectos viejos, y que propietario de más de veinte casas, sólo almorzaba pan y cebolla y comía un plato de legumbres con muy escaso aderezo.

**Calle del Toro.** — Cuéntase que hubo en ella una casa en que estaban colocadas las astas de un toro bravísimo, lidiado en unas fiestas reales, las cuales bramaban todos los días a la hora en que fué muerto el toro. Miles de personas acudían a escuchar los bramidos del animal, producidos por un chico que en el interior de la casa hacía sonar un cuerno.

**Calle de Sin puertas** (hoy del Príncipe Anglona). — Se abrió entre las casas del duque de Osuna y del conde de Salvatierra, quienes ofrecieron el terreno para facilitar la comunicación con la plaza de la Paja, pero sin consentir que en ella se abriese puerta alguna. De aquí el nombre de *sin puertas*.

**Calle de Santiago el Verde.** — Esta calle daba salida al camino que conducía a la ermita de Santiago el Verde, donde se celebraba la romería el 1.º de mayo. Llamóse *de el Verde* porque la romería se verificaba en la época en que comienzan a verdear los árboles. El sitio de la fiesta era el famoso *Sotillo*, célebre en las costumbres del siglo XVII, y se encontraba en las afueras, entre la Puerta de Toledo y el Portillo de Embajadores.

**Calle de Tente tieso.** — Antes de la publicación del *Fuero de Madrid*, el sitio que ocupó esta calle era una cuesta que bajaba a la alcantarilla de San Pedro, en la que se acostumbraba a lavar las tripas de las reses. Venía una mujer llevando del ronzal una caballería y sobre ella a su hijo. La madre gritó: *Tente tieso*, para que se mantuviese firme, a tiempo que el animal resbalaba y caía el muchacho al suelo, con tan mala fortuna que murió del golpe. De este grito nació el nombre de la calle.

**Calle del Verdugo** (hoy de Santo Tomás). — Debió su nombre a que en ella tenía su habitación el ejecutor de la justicia.

**Calle de Válgame Dios.** — Según la tradición, cierta noche solicitaron unos hombres del guardián de un convento cercano el auxilio de un religioso para un moribundo. Salió el fraile, acompañado de un lego, y en los Caños de Alcalá comprendieron que se trataba de cometer un crimen. El grito de *Válgame Dios*, proferido por una mujer, y el valor del lego frustraron el intento de aquellos malvados, que pretendían que el religioso bautizase a un recién nacido y confesase a la joven matándola después. El suceso acaeció en un barranco que fué conocido desde entonces con el grito que dió la joven de *Válgame Dios!*

Nada hemos podido encontrar acerca de las calles denominadas *de Alza Piernas* y *Quebranta Piernas*, y a fe que lo sentimos, porque a juzgar por los nombres, su etimología y su historia debían ser por todo extremo curiosas.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS.



— Adorable Marta, ya terminé la obra que puso á prueba tu amor

PRUEBA DE CONVICCIÓN

Lema: La verdad.

I

— Sí, Marta mía, sí; haré un libro, un gran libro, para que aprendan á juzgarme de otro modo y acaben con sus «filigranas» y «miniaturas.» No ven que mis artículos tienen más lastre que todas las novelas que les asombran y deslumbran. Yo también quiero desarrollar un asunto de «honda psicología,» de «vibrante humanidad,» como dicen. ¡Oh!.. Palabras. Y los que sabemos crear, toleramos que cuatro inútiles nos encarrilen entre cuatro motes descoloridos é in-substanciales.

— ¿Qué te importa eso? Escribes para darte gusto, no para satisfacer vanidades mezquinas; tienes dinero, bienestar... y una mujer que te adora. Esos infelices, que no te comprenden, viven sin duda faltos de todo. Escriben por lucro ó por oficio, y su vida es triste.

Fué inútil; no bastaron argumentos para convencerle. Su espíritu iba poco á poco replegándose, limitado á incubar un solo pensamiento; su atención se desprendía fácilmente de cuanto le rodeaba para ceñirse al asunto de su grandiosa obra: un asunto de hondo pensar, que requería un esfuerzo gigante, un trabajo muy largo, una intensa meditación.

Marta intentó vanamente disuadirle. Ni reflexiones prudentes, ni terquedades, ni lágrimas de amante, vencieron aquel obstinado propósito. Ella temía por la salud, algo quebradiza, de su Raimundo; pero bien pronto comprendió que más peligrosaba la dicha del matrimonio: su dicha sin límites, el continuo anhelar de aquellas dos almas, consagradas en absoluto al amor; aquel diálogo interminable, nunca interrumpido, ni en el silencio, ni en el descanso, ni en la reposada labor del artista; porque hasta cuando Raimundo escribía, *ella* le acompañaba, sentándose junto á él, mirando correr la pluma, leyendo letra por letra, deslumbrándose, admirando, interrumpiéndole á veces para premiar con una caricia muy larga un pensamiento feliz.

Poco á poco fueron borrándose las alegrías, las conversaciones, las confianzas, las intimidades; poco á poco aquellas dos almas tan estrechamente unidas fueron desligándose una de otra; y la de Raimundo llegó á sumergirse por completo en su grandiosa concepción, mientras la de Marta, sin rumbo, triste, abandonada, sentía el frío de irremediable soledad.

II

Llegaron, sin advertirlo, á un divorcio absoluto. El trabajaba, constantemente apartado, en silencio; ella le huía, temerosa de turbarle. Raimundo,

hasta en sueños, era esclavo de su obra; Marta llegó á padecer alucinaciones horribles.

Instintivamente, la naturaleza reveló en ella su espíritu de conservación; allí se moría: la casa era una cárcel, un sepulcro.

Salió, y el bullicio y los colores la distrajeron y la calmaron.

Sentía lástima de Raimundo, sin atreverse á decirle cosa que pudiese turbar su reflexivo trabajo; acomodóse al nuevo régimen de vida, y pronto halló, en las condiciones propias de su carácter, un rayo de luz que borrara toda la negrura de sus muchas tristezas.

Una tarde acercóse á ella Raimundo, temblón, macilento.

Marta sintió angustia, contemplando aquellos ojos enrojecidos, aquella boca febril, apagada, y aquel cuerpo rendido, extenuado...

— Terminé ya, dijo Raimundo, terminé al fin. Cinco meses de lucha, de martirio, de abandono... Perdóname... No he dejado nunca de quererte, pero me avergüenzo de mí; ahora, ni á besarte me atrevería; soy un espectro... La obra cruel me ha consumido... Esto pasará. Ocho días en el monte, aire puro, naturaleza salvaje... Los nervios recobran pronto su vigor. Y volveré á tu lado, más amoroso que nunca, para no separarme de ti: lo juro: no habrá gloria que pueda vencerme. Ni más libros, ni más preocupaciones... Adorable Marta, encantadora Marta, ya terminé la obra que puso á prueba tu amor, que ha sido tu rival y mi enemiga durante cinco meses. Aquí la tienes; y mientras yo recobro las fuerzas agotadas, mi obra te acompañará. Es mi pensamiento, como tú eres mi corazón.

III

Marta leía, y aquella lectura llegó á interesarla de tal modo, que más de una semana estuvo sin ocuparse de otra cosa, recorriendo las páginas del voluminoso manuscrito. Unas aparecían con letra clara, escritas al correr de la pluma, pregonando la fluidez transparente de las ideas; otras, llenas de tachaduras, perfiles indecisos, líneas martirizadas, nerviosas; allí, sin duda, la frase cruel se resistía, escapaba entre jugueteos de sombra y luz. El pobre Raimundo había torturado su cerebro, ansioso de poseerla, y la dejó al fin clavada en el papel con la pluma, como quedan fijas por un alfiler, inmóviles para siempre, las mariposas que revolotearon largo tiempo indecisas.

Aquellas frases difíciles, aquellas que delataban con borrones y tachaduras una violencia, un esfuerzo de la voluntad, fueron las que más interesaron á Marta, porque aparecía en ellas todo el rencor del hombre contra el engaño de la mujer; y para condenar el engaño, para herir á la engañadora con un

juicio implacable, se ponía en tortura el pensamiento, borrando una y otra vez; lo más ofensivo, lo más degradante, parecía leve y venial; repetíanse las tachaduras anulando palabras terribles, y al fin de muchas rayas negras, leíase la sentencia inapelable, que satisfizo el rencor del hombre.

Marta leía; el análisis minucioso de su lectura hizo mella en su pobre corazón. Había sentido lástima de Raimundo; al verle triste y macilento, le compadecía; pero en presencia de su obra, sintió algo indefinible, algo más parecido á la repugnancia y al desprecio que al temor. Descubría la soberbia del hombre, anidada en el corazón del amante.

IV

Aire y luz, naturaleza redentora: los nervios recobraron pronto el vigor perdido, y Raimundo volvía dispuesto á ofrecer su existencia regenerada en holocausto de sus amores.

— Ha salido la señora, le dijeron los criados.

Para esperarla sin impaciencia fuese á buscar el manuscrito. ¿Qué pensaría *ella* de su obra?

Junto al paquete de cuartillas vió un sobre dirigido á él, que decía así: «Para Raimundo,» con letra de Marta.

Lo abrió tembloroso y fué leyendo turbado.

«Tu obra me ha convencido. ¡Triste convicción, irreparable prueba, que me aparta de ti! No debó ser como esa miserable que tú imaginas, desconociendo sus amarguras. ¿Dónde hallaste, infeliz, tan implacables razonamientos, contra los que mi piedad nada puede? Mientras viviste sumergido en tu obra, sin comunicarme siquiera tu pensamiento, mi alma se refugió en otras regiones, buscando la dulce compañía de otras almas. Mi corazón pertenece á un hombre á quien adoro, mucho más de lo que te adoré. No soy tuya; nada me une á ti: enviudé cuando me abandonaste y llevó luto mi corazón. Libre y apasionada, sólo temí que un día volvieras al triste lecho abandonado. No volviste, por fortuna. Tu obra me libra; ya no seré una engañadora vil; añade una página en ella: di que has conocido á una mujer á punto de corromperse por necia piedad y que supo redimirse, impresionada con tus reflexiones... Adiós para siempre. Así tu soberbia de hombre pueda calmar tus delirios de amante.»

Raimundo lloró con angustia infantil, y arrojando al fuego su manuscrito, sollozaba:

— La verdad, la verdad... ¿para qué sirve? La mentira me hubiera hecho feliz y la verdad me destroza. Ella lo sabía: no es la verdad lo que hace dichosos á los hombres, no: es la compasión. Y ahora, ¿quién tiene compasión de mí?

LUIS RUIZ Y CONTRERAS.

(Dibujo de Cabrinety.)

## DOMINGO MORELLI

El ilustre pintor italiano recientemente fallecido en Nápoles, nació en esa misma ciudad en 1826. Hijo de un pobre obrero, quedó huérfano á los quince años, cuando aún no había podido revelar su genio; su madre destinábale á la carrera eclesiástica; pero la lectura de *I promessi sposi* y de los poemas de Byron abrió nuevos horizontes en su alma, y sintiéndose con vocación de artista, entró en la Academia de Bellas Artes napolitana.

Pero lo que le enseñaban, no sólo su primer maestro, sino que también la mayoría de los pintores de aquella época, no lograba conmover su corazón: aquel arte presuntuoso y mecánico que trazaba un camino al pensamiento, que limitaba las combinaciones colorísticas, que enseñaba un método fuera del cual nadie podía moverse, no satisfacía el ansia de belleza del joven Morelli, el cual, según confesión propia, tuvo la primera visión del arte verdadero al contemplar los cuadros de Palizzi, napolitano como él, que fué de los que más pronto se rebelaron contra las rutinas académicas.

La vez primera que respiró fuera del ambiente mezquino de la enseñanza clásica, fué cuando en 1846 visitó Roma, que en aquel entonces era como la Meca artística en donde contra el clasicismo fosilizado reaccionaban el elemento romántico y el elemento religioso, movidos aquél por la influencia francesa y éste por la alemana. En la ciudad eterna expuso una *Madonna*, el primero de sus cuadros religiosos, y desde entonces no abandonó aquellos dos elementos que á menudo aparecen fundidos por modo singular en sus obras.

Pero en el ciclo de sus argumentos religiosos no aparecen santos ni jerarcas celestes, sino solamente Jesucristo y la Virgen; y si alguna vez aparecen ángeles en sus producciones, son ángeles caídos por el dulce pecado del amor, como en el cuadro *Los amores de los ángeles*, ó que han dejado sus alas y caminan entre espinas llevando el alimento al Hombre Dios en el desierto, como en el lienzo *Et angeli ministrabant illi*.

Estamos, pues, muy lejos de la tradición hasta en materias religiosas, y si hojeamos rápidamente las páginas de la vida de Morelli, veremos que éste jamás pudo someterse á otro yugo que al del sentimiento.

Regresó á Nápoles cuando alboreaba la revolución, y al estallar el levantamiento del 15 de mayo de 1848, echóse á la calle, mezclóse entre los combatientes, siendo herido, hecho prisionero, conducido al hospital y condenado, y cuando hubo recobrado la salud y la libertad lanzóse á otra lucha menos sangrienta, pero no menos dolorosa, presentándose en el concurso para una pensión en Roma y siendo vencido.

Entonces dispensáronle su valiosa amistad Juan Vouwiller, opulento banquero, y Pascual Villari, historiógrafo liberal, con cuya hermana casó en 1851, después de haber salido vencedor en otro nuevo concurso para otra pensión á Roma. El cuadro con que ganó esta recompensa fué el titulado *Godofredo y el ángel Gabriel*, de asunto tomado de la «Jerusalén libertada», que se conserva todavía en el Instituto de Bellas Artes de Nápoles.

Ni el matrimonio ni la pensión pudieron proporcionar una existencia tranquila al inquieto joven: primeramente los acontecimientos políticos lo retuvieron

cuando el artista, rotas las barreras en que permanecían encerrados el arte y la política, privado de las protecciones forzadas y de las pensiones oficiales, demostró todas sus energías y llegó á ser uno de los pintores más originales y profundos de su siglo.

Hemos dicho antes que Morelli en sus cuadros religiosos nunca pintó santos; pero esta afirmación no es absolutamente exacta, puesto que una de sus obras más famosas es *Las tentaciones de San Antonio*. Este asunto, en el que prepondera el elemento fantástico, ha sido tratado muchas veces, á pesar de lo cual el pintor de quien nos ocupamos ha sabido darle una forma nueva y original, trazando una figura del santo puramente humana, y presentándola, no después de la victoria, sino en el momento culminante del combate, no sólo acometido por la tentación, sino sintiéndose casi arrastrado hacia ella y luchando por contener los impulsos de sus sentidos. Su San Antonio no es el viejo eremita que desprecia las infernales astucias y logra vencerlas fácilmente amparándose en la cruz; es el hombre debilitado por mortificaciones y ayunos que, presa de alucinaciones, apenas se siente con energías para rechazarlas. Por esto ha sido el cuadro muy discutido; pero prescindiendo de la cuestión de fondo, no puede negarse que es de un gran efecto plástico y de un vigor psicológico extraordinario.

En las obras de Morelli aparece por lo general el personaje pospuesto á la escena; y así como ésta resulta completa, acabada, en aquél se observa cierta vaguedad, cierta indeterminación. Es verdad que en algunas, como *El Tasso en Ferrara*, *Odalisca y Vexilla regis*, el autor ha resuelto el problema de la plena realización del personaje; pero estas excepciones significan muy poca cosa si se las compara con la significación de sus escenas altamente sugestivas. La belleza de la pintura de Morelli está más bien en las líneas de la composición que en las de los cuerpos ó rostros en la misma representados, más en la armonía total de los colores que en el colorido de las figuras aisladas.

Sólo una vez se dejó seducir por un tema puramente plástico; entre tantos cuadros como constituyen la obra del artista napolitano, solamente uno carece de sentimiento: el *Baño pompeyano*, pintado en Milán en 1871, inmediatamente después del *Conde Lara*; pero estos asuntos semihistóricos ó casi de costumbres, porque propiamente de costumbres ó históricos no pintó ninguno, fueron, por decirlo así, pasatiempos juveniles.

Morelli fué uno de los grandes pintores del espíritu cristiano en Italia: basta fijarnos, además de los que dejamos enunciados, en *La hija de Jairo*, *Cristo sobre las aguas*, *Cristo en el desierto*, *Cristo escarnecido* y *Cristo muerto*, para comprender, como acertadamente dice un notable crítico, que de las tradicio-



EL ILUSTRE PINTOR ITALIANO DOMINGO MORELLI, fallecido en Nápoles en 13 de agosto último

en Nápoles; después, cuando la exposición de su cuadro *Los iconoclastas* le hubo abierto las puertas de la celebridad y de la fortuna, marchó á Florencia, á Milán, á Munich, á Dresde, á Berlín, á Dusseldorf, á Amsterdam, á La Haya, á Bruselas, á Londres, á París, y vuelve al fin á su patria, en donde le esperaba la noticia de que habiendo emprendido el viaje sin permiso de la Academia, quedaba privado de la pensión.

Un año después, estando en Florencia, anuncióse un concurso para decorar la iglesia de San Francisco de Gaeta: concurrió á él Morelli y salió vencedor; pero mientras estaba pintando los cartones cayó la dinastía borbónica y se desistió de la decoración de aquel templo. Lejos de desanimarse, fué entonces



EL EVANGELIO DE SAN MARCOS, CAP. I-13, cuadro de Domingo Morelli



CANTOR ÁRABE, dibujo de Domingo Morelli



MADONNA, cuadro de Domingo Morelli

nes del cristianismo hace un gran medio de propagación del pensamiento humano con el estro del poeta, y que siempre procede sereno, sin vislumbrar la meta, pero directo y decidido hacia la belleza impercedera. Por esto, aunque con el progreso del tiempo y las atrevidas innovaciones modernas su arte pueda aparecer alguna que otra vez como una especie de neo-academismo, tiene, sin embargo, tal sello de originalidad y tan gran sentimiento de la belleza,

que aun sus más implacables enemigos se ven obligados á reconocer sus superiores cualidades.

Fué además un gran colorista: su *Cristo muerto*, cuadro obscuro, terrible, que parece pintado con ceniza y sangre, es una de las manifestaciones más patéticas de la pintura del siglo XIX.

Durante largo tiempo enseñó en la Academia de Nápoles, haciendo florecer una multitud de artistas notables y logrando formar una escuela pictórica

que, á pesar de la dura guerra que se le hizo cuando la exposición de Milán de 1872 y de estar hoy en día un tanto olvidada, se impuso triunfalmente, siendo la escuela mejor y más característica de la pintura italiana contemporánea y una de las más admiradas en el extranjero.

La muerte de Morelli ha sido una pérdida inmensa, no sólo para la pintura italiana, sino además para el arte universal. — S.



Oraciones, cuadro de Domingo Morelli



## LA RAZÓN DE LO VULGAR

Marianito asomó la cabeza á las puertas de esta vida de la manera más vulgar que puede darse.

Sus padres, durante los primeros años de su matrimonio, anduvieron sintiendo la necesidad de tener un hijo en quien polarizar todo el cariño de que, según ellos, «estaban saturados:» en realidad, para disminuir en él la falta de mutuo afecto que se iniciaba.

La indiferencia que comenzaban á sentir marido y mujer avivaba su deseo de paternidad, disfrazando la conveniencia de una tranquilidad doméstica con el hermoso ropaje de la más bella de las manifestaciones del alma: el amor de los amores.

Como que los padres de Marianito, educados de una manera convencionalísima, no habían sentido nunca la necesidad de estudiarse mutuamente para llegar á comprenderse, vivieron siempre una existencia casera gris, opaca, sin transparencias de la más leve cultura de alma, rindiendo culto á todas las farsas de relación social y haciéndose las concesiones materiales que su comodidad les sugería, pero nunca llegando á ofrecerse, ni por casualidad, algo que supusiera deseo de adivinar lo que place, sin necesidad de pedirlo antes directamente.

Así fueron viviendo, gastando poco, y llegando á los treinta y cinco años sin saber de la vida más sino que es preciso cuidarse mucho para no morir presto; pero cuidarse uno mismo, porque *los demás* son siempre tan egoístas que no dejarían su comodidad para ver de proporcionar al vecino la de que hubiese menester.

Tal fué de ordenada, vulgar y sin horizontes la vida de aquel hombre y aquella mujer de buena posición social, que llegaron al fin á coincidir sinceramente en algo que hiciera su credo matrimonial:

— Debemos cuidarnos mucho, mujer.

— Sí, marido: la salud pronto se quiebra... Mira, ayer mismo, María murió de resultas...

— Sí; ya lo sé, la pobre... Tanto desear un hijo, y al fin...

— Si es lo que yo digo: los hijos, cuando Dios los manda..., santo y bueno; pero ¿y los pobres padres? ¡Qué de angustias, de sufrimientos y...

— Y de gastos...

— ... Y de gastos; tienes razón, mujer.

— Y además, á nuestra edad...

Pues no se armaría poco jaleo en esta casa. Todo en desorden, esclavizados tú y yo...

— Sí, esclavizados tú y yo...

Así, poco más ó menos, eran de substanciosos los diálogos más profundos de los dos esposos. Apoyando mutuamente sus vulgaridades, exentos de todo ideal que no fuera el de conservarse sanos y gordos, aquella pareja vegetaba paciéndose en su pisito, durante el invierno, y en verano en el campo, muy á su sabor.

Pensando poco y durmiendo mucho, llegaron á convencerse de que más no debían hacer en este mundo.

Pero ved cómo el bueno de Marianito se le ocurrió colarse de rondón en este valle de lágrimas; y sin pedir permiso, antes bien á viva fuerza, entróse por los senderos de la vida, y asomó su cara rolliza, pidiendo de comer. Y berreando como quien quiere hacerse oír sin excusa, comenzó á abrir la boquita y á mirar á sus padres, como diciendo: «Bueno, señores; heme aquí, ya somos tres.»

Marianito, empaquetado entre finísimas holandas, fué creciendo con el desarrollo físico de una constitución perfectamente equilibrada.

El no se cuidaba gran cosa de improvisar esas manifestaciones de cariño rudimentario que son la alegría de los padres, tanto hombres como bestias.

Pero aferrado al pezón mercenario de la nodriza — ocho duros al mes, calzada y vestida, resultaba más cómodo que no el estropearse su salud la propia madre, — chupito á chupito iba lindamente saturándose del blanco néctar y adquiriendo una frescura y una apariencia tan de fruta en sazón, que alegraba la vista.

Sus padres, puestos ya en el trance de tener que apechugar con aquella importuna criatura, gastaron en ella todo lo preciso para que luciera lo gastado y llegara á estar en condiciones de producir.

chacha, á medida que se iba convenciendo de lo múltiple de sus encantos.

Aprovechó cínicamente de *la ganguita* y llegó á abusar de ella, hasta que hubo un día en que la usurpación se hizo evidente sin remedio.

Esta consecuencia natural fué calificada, al principio de «desgracia,» luego de «pretexto» y finalmente de «razón,» utilizada como si realmente lo fuese.

Marianito abandonó á la inexperta amante, sólo por eso.

Alejóse, sin tener necesidad de acallar ningún grito de su conciencia amancebada con su egoísmo, y continuó viviendo tan satisfecho como el que acaba de graduarse de listo y se envanece.

Al poco tiempo de haber Mariano, como él decía, *sorteado «su» percañe*, murieron sus padres, y él se apresuró á cambiar de depósito una regular fortuna que le dejaron en herencia. No alcanzaba, empero, á lo que él esperara para vivir como hasta entonces, vagabundo y vicioso, y fué preciso pensar en hipotecar su persona.

Como tenía un título profesional — aunque no fuera el de su propia profesión, — no le fué difícil hallar mujer tan vulgar como él y que se aviniera á «casarse por mejorarse.»

Casó Mariano con una tal Hipólita Ventorrillo, que tenía tanto de intelectual como su marido de trabajador.

Trájole ella cuantiosa fortuna; él no era exigente más que en la mesa, y bien se comprenderá que gastando mucho en la compra y escogiendo con acierto una buena cocinera, se puede comer á gusto, y el santo hogar de la familia puede llegar á ser el más tranquilo de los hogares.

El amor no entró en aquella casa, ni por equivocación, ni por impertinencia.

El método de aquella vida vegetativa llegó á ser inmutable. Mariano, por esquivar un aburrimiento que ya presentía, hizo socio de varios círculos aristocráticos, con *pecera* en punto céntrico: frecuentó los teatros «para refrescar las relaciones,» y acompañando á su mujer á la iglesia las fiestas de guardar y á visitas los días que era preciso, no tuvo con ella otra exigencia que la de un *menú* variado y exquisito. Y así vivió el infecundo matrimonio, hasta bien entrada la tarde de su existencia, gris y opaca, como la de un día sin sol y sin rendi-

jititas de cielo por donde se viera el azul infinito, que hace soñar en el desprendimiento del mundo: en la resurrección de esta pesadilla que llamamos vida...

... Una tarde llamó á la casa de la existencia monótona y adormecida una mujer de poca menos edad que doña Hipólita Ventorrillo, y solicitó con urgencia permiso para hablar «con el señor.»

El señor dormía, y fué preciso aguardar.

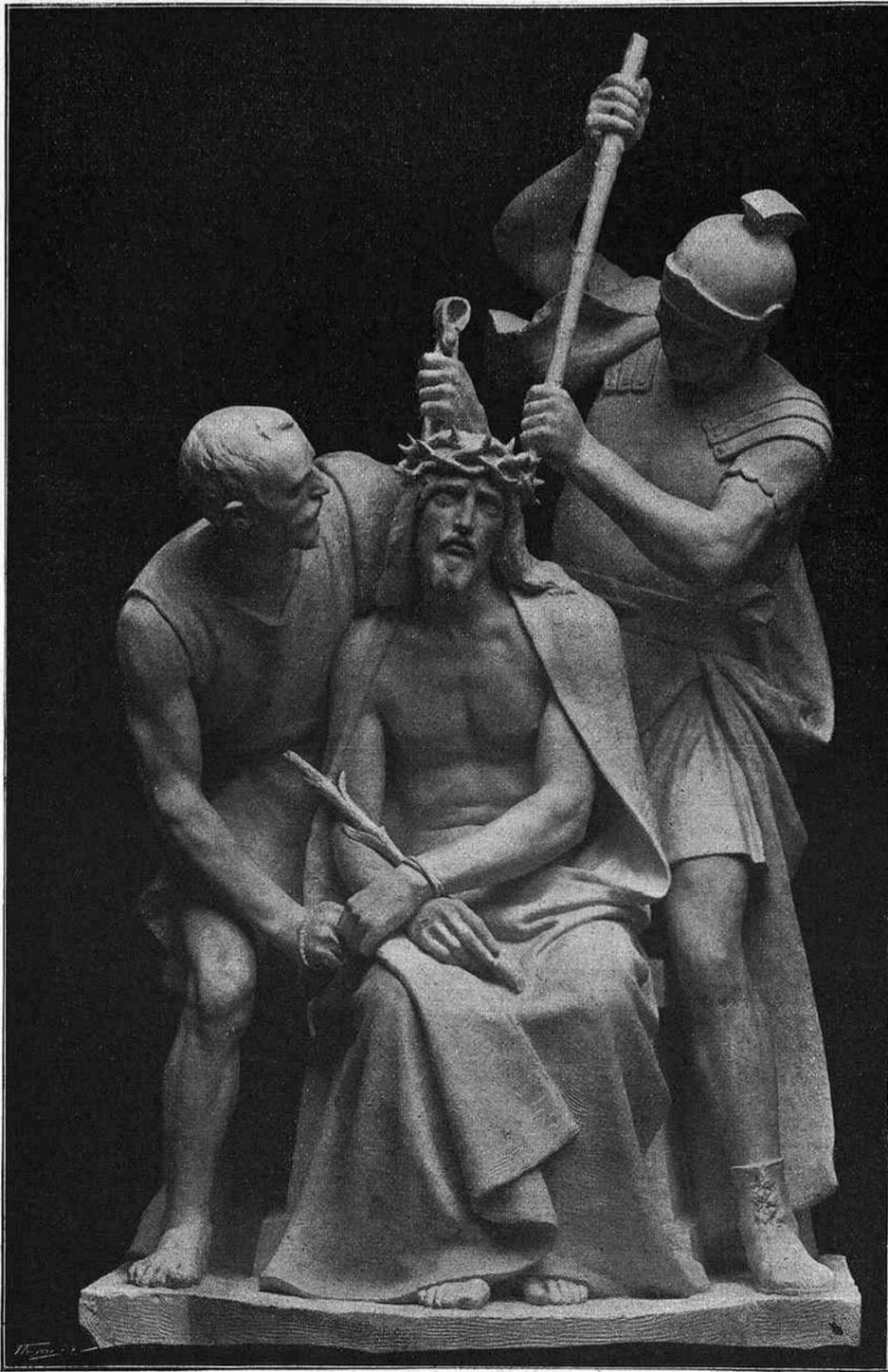
La intrusa aguardó. A la media hora larga compareció Mariano con los ojos abotargados por el sueño y la digestión.

Entró en la sala y allí permaneció más de dos horas. Su legítima mujer, con el oído pegado en la cerradura, no percibía más que algunos sollozos hondos y ahogados que se escapaban del pecho de la intrusa; luego oyó el hablar recio de su marido, que amenazaba con no sé qué acción de los tribunales, y luego más sollozos hondos y ahogados.

La puerta se abrió bruscamente, y salió la intrusa y tras ella Mariano, como si la empujara con sus palabras. Cuando aquella llegó á la escalera, volvióse súbitamente, y amenazando «al señor» con el puño cerrado convulsivamente y la mano en alto, dijo con voz de ira y de venganza:

— ¡Ya vendrá él á abofetearse!

Marianito, que aquel día había comido más de lo



TERCER MISTERIO DE DOLOR, grupo escultórico de Anselmo Nogués que forma parte del Rosario Monumental de Montserrat y cuya inauguración se ha verificado en 22 de los corrientes

Ya crecidió, estudió superficialmente, como suelen hacerlo la mayoría: cursó el bachillerato sin enterarse más allá de cuatro vulgaridades de cada asignatura: luego matriculóse en la carrera de leyes y — naturalmente — obtuvo el título de abogado.

Ya era un hombre: ya tenía su titulito encuadrado en un marco de nogal, presidiendo el vacío solemne de su despacho.

Ya no era preciso forzar más las iniciativas que, á decir verdad, dormían el primer sueño, en todo lo que no fuera comer mucho y digerir sin la menor molestia.

Como era tan gallardo de cuerpo y atrayente de rostro, andando por esas calles de Dios, las mujeres — siempre inclinadas á lo superfluo — se fijaban con gusto en aquella apostura garbosa y aquella cara sonrosada, como de niño grande, que daba gozón verle por lo sanote y lo despreocupado.

Cierto día, la bonita envoltura de aquella alma de cántaro hubo de atraer de tal manera á una mujer joven y hermosa, que como el muchacho estuviera prendado á su vez de aquella exquisita criatura, confióse mutuamente, y ella acabó por tomar por buenas las razones de ciertos hábitos de *conquista* en los que Marianito era regularmente ducho.

Tratóse con intimidad, y el abogadillo pudo convencerse de la inexperiencia y candor de la mu-

que acostumbraba —y era mucho,— ante aquel nuevo *contratiempo* sintió algo así como el *vértigo del miedo*. Hizo por apoyarse y topó con los brazos de su mujer que, no por sostenerle, sino por interrogarle, obligándole a contestar, halló tan cerca de sí.

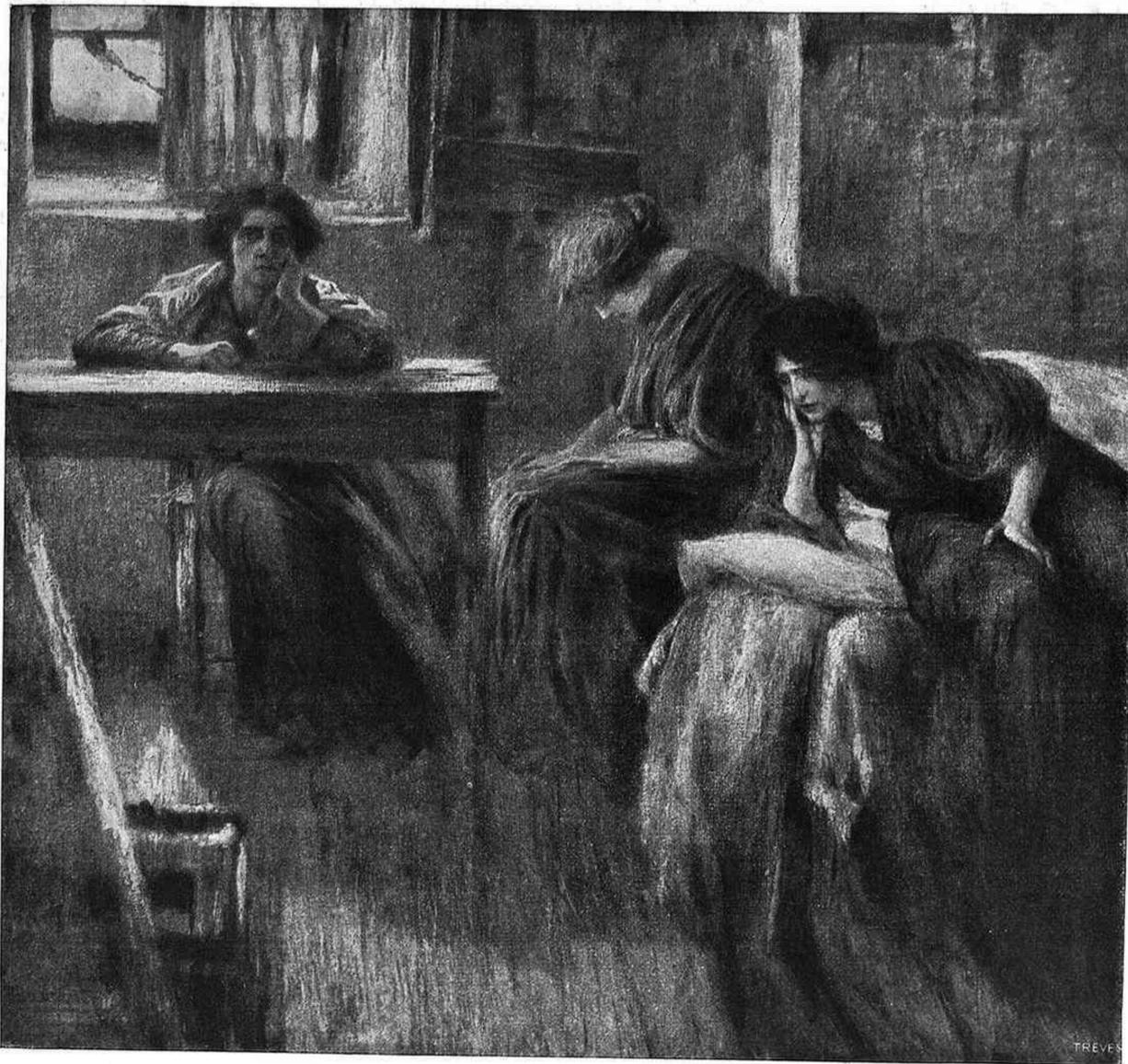
— ¡Lo he oído todo!, rugió la hembra de su hogar. Dime que esta mujer ha mentido.

Mariano contestó que sí; que aquella mujer estaba loca. Luego, ya más sereno, pensó que era mejor decir la verdad, y así estar preparados para defenderse los dos contra la intrusa. Su pudor continuaba durmiendo; pero su miedo se había despertado.

Entonces dijo que no; que aquella mujer no había mentido ni estaba loca.

Que fué cierto lo de los amores y lo del hijo, y que la intrusa, la reaparecida, pretendía explotar aquel *contratiempo* para sonsacarle dinero.

— Mujer, perdóname. Esos son devaneos de aquella juventud que he olvidado por tus cuidados y por la tranquilidad de nuestro hogar.



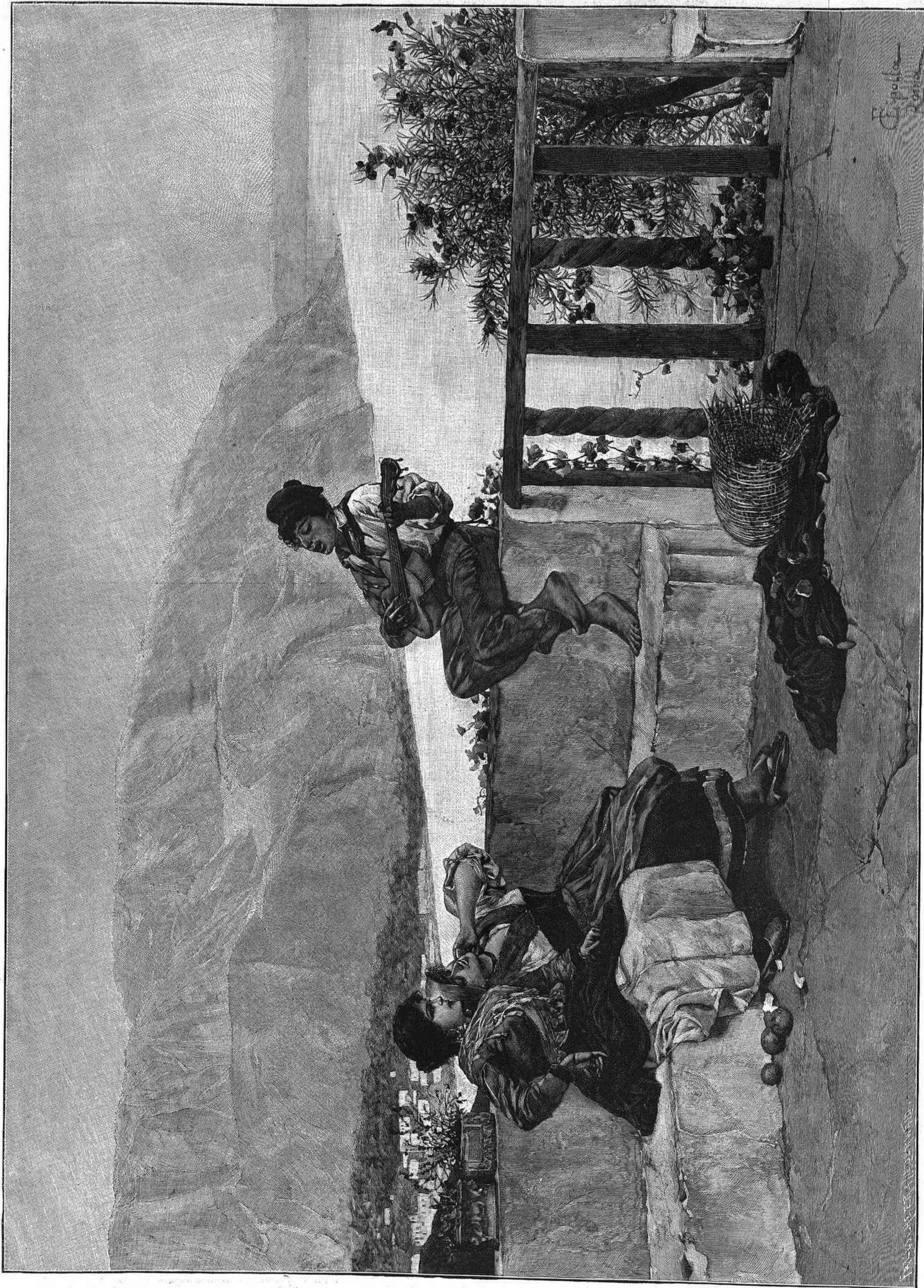
MISERIA, cuadro de César Laurenti. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia de 1901.)

— ¡Perdonarte!, balbuceaba Hipólita, pensando que al fin y al cabo era lo más cómodo y lo más corto. — ¡Perdonarte, cuando vamos a perder nuestro bienestar! — Sí, esposa; es que lo vamos a perder para siempre. — Eso no, Mariano. Pero ¿y ese hijo? Mariano comprendió que él y su mujer eran todo uno. No se trataba de perdonar la ofensa que aquel recuerdo pudiera traer para su vida común del espíritu. Su inquietud era más positiva. Se trataba de un obstáculo que era fácil evitar, si materialmente no se habían cumplido ciertos trámites legales. Entonces Mariano buscó fuerzas en el «credo de su vida», y solicitando la razón de lo vulgar en lo último de lo más vulgar de la razón, se le apareció su egoísmo cogido del brazo con el egoísmo de su esposa. Y abriendo los brazos, como quien ha hallado la fórmula de reconciliación, — Hipólita, *tranquízate*, le dijo. ¡ *Afortunadamente*, no lo he reconocido! Y macho y hembra se abrazaron, sintiendo una euforia que inundaba sus almas, hasta entonces completamente huecas. — MARCOS JESÚS BERTRÁN.

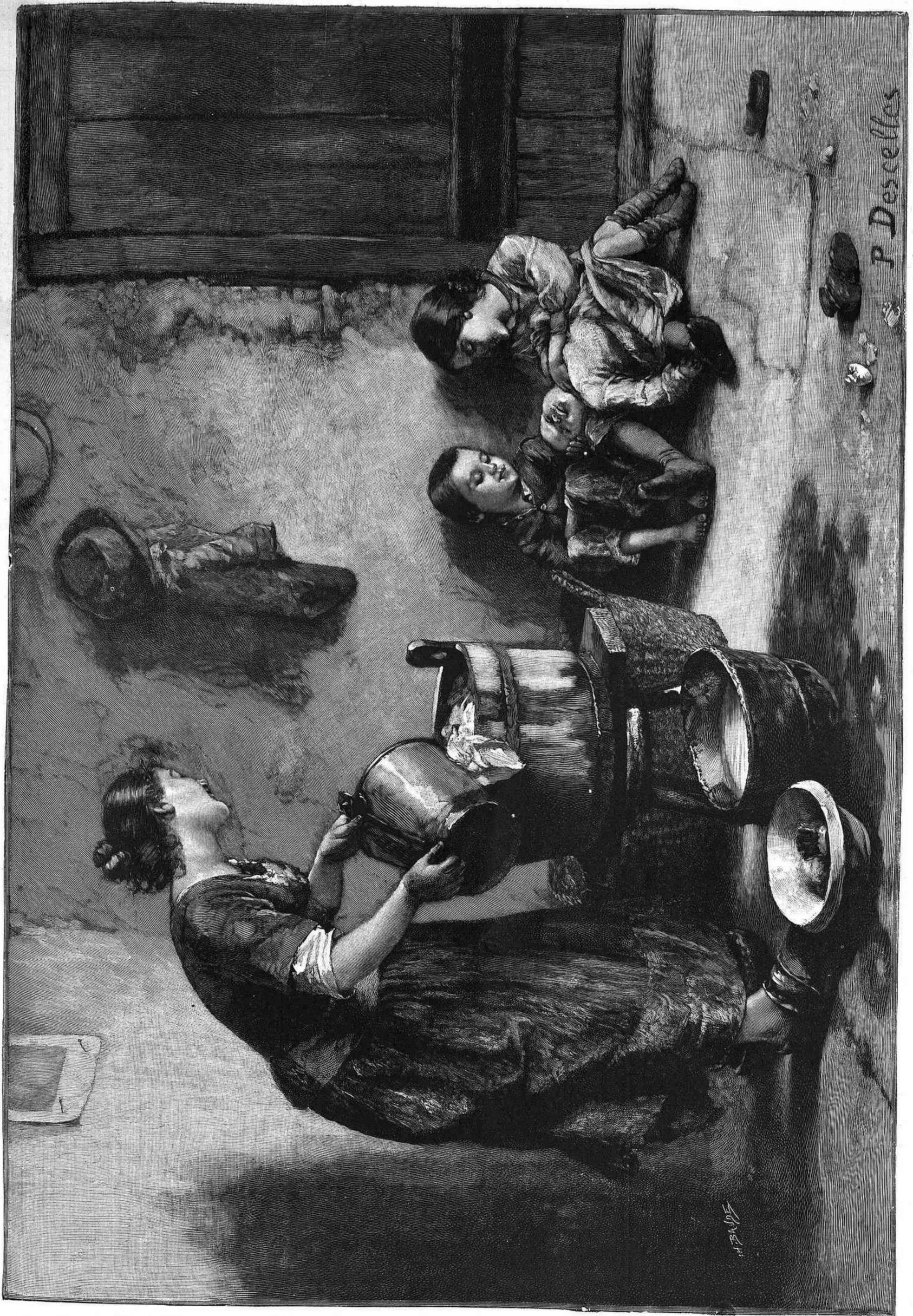


La hermana mayor, cuadro de Luis Nono. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia de 1901.)





SANTA LUCÍA, cuadro de F. Cipolla



HOGAR DICHOSO, cuadro de P. Descelles



## NUESTROS GRABADOS

**Durante el descanso, cuadro de Manuel Cusi.** (Exposición Robira.)—Continúa este distinguido artista produciendo los cuadros de simpáticos tonos y agradable asunto, que hace algunos años le conquistaron justa notoriedad, avalorados, á medida que el tiempo transcurre, por la maestría que necesariamente ha de alcanzar aquel que, como Manuel Cusi, se distingue por su laboriosidad y buen gusto. El cuadro cuya copia figura en estas páginas, pertenece al género á que nos referimos y es digno compañero de los que le han procurado honra y provecho, distinguiéndose por la habilidosa ejecución de las telas, por la expresiva actitud de la figura y por la elegancia y distinción que constituyen la característica de las producciones de Cusi.

**Guillermo Mac Kinley.**—Víctima de un crimen execrable ha fallecido el día 14 de los corrientes en Búfalo Guillermo Mac Kinley, presidente de la República norteamericana. Nacido en Miles en 24 de febrero de 1844, al estallar en 1861 la guerra de Secesión ingresó en el regimiento de voluntarios de Ohio, sirviendo á las órdenes de Hayes, más tarde presidente de la república, y mereciendo por su heroico comportamiento ser ascendido á oficial. Aunque al terminar aquella lucha tenía el grado de mayor y podía aspirar á un buen porvenir dentro del ejército, abandonó la milicia y estudió jurisprudencia, dedicándose al ejercicio de la abogacía en su país natal. Elegido individuo del Congreso en 1876, alcanzó grandes triunfos parlamentarios, siendo el mayor de todos ellos el



GUILLERMO MAC KINLEY, presidente de la República de los Estados Unidos, fallecido en Búfalo en 13 de los corrientes

conseguido con motivo del famoso *bill* de su nombre. En 1895 presentó su candidatura para la presidencia, y habiendo sido elegido, tomó posesión de la más alta magistratura en 4 de marzo de 1897. De la política que desde aquel puesto eminente desarrolló Mac Kinley nada hemos de decir: los efectos que sus tendencias imperialistas produjeron en nuestra patria son demasiado recientes y harto dolorosos para que los españoles podamos juzgar su obra con imparcialidad. Pero es innegable que sólo el más acendrado patriotismo inspiró todos sus actos, y que por el engrandecimiento de su país hizo lo que han hecho todos los conquistadores cuyos nombres han escrito en sus anales con letras de oro los pueblos vencedores y con caracteres de sangre los vencidos.

**El tercer Misterio Doloroso, grupo escultórico de Anselmo Nogués.**—La Venerable orden tercera de San Francisco de Asís, dirigida por los PP. Capuchinos, convocó hace algún tiempo un concurso público para erigir en Montserrat un monumento conmemorativo del tercer Misterio Doloroso destinado al Rosario monumental del camino de la Cueva de la Virgen. De los bocetos presentados fué premiado el de Anselmo Nogués, que ejecutado en mármol se habrá inaugurado el día 22 de los corrientes. La obra del escultor catalán que en la página 622 reproducimos es de bellísimo efecto, así por el sentimiento que en ella supo imprimir el artista como por la corrección con que está ejecutada. La línea general es de una sobriedad y una elegancia plásticas dignas de los mayores elogios; la figura de Cristo coronado de espinas está hondamente sentida y las de los dos sayones vigorosamente modeladas, formando hermoso contraste con la del Salvador. El grupo escultórico va colocado sobre un sencillo pedestal, dibujado por el distinguido arquitecto D. Enrique Sagnier.

**Miseria, cuadro de César Laurenti.**—Si por la impresión que en nuestro ánimo produce la contemplación de un cuadro hemos de juzgar de la bondad de éste, bien puede afirmarse que el lienzo del eminente pintor italiano César Laurenti merece ser incluido en la categoría de los buenos. Esas

tres mujeres en cuyos rostros y actitudes se adivinan las huellas de la privación y del sufrimiento y esa pobre estancia en que se advierte la escasez más espantosa son de una fuerza dramática incomparable y expresan de un modo altamente sugestivo uno de los más terribles aspectos de la miseria.

**Paisaje, cuadro de Galwey.**—Nuestro distinguido colaborador y paisano el notable pintor Sr. Galwey es de los artistas que de veras sienten la naturaleza. Sus cuadros son notas impregnadas de dulce poesía; pero aparte de esta cualidad de fondo, ofrecen innumerables bellezas de forma: hay en todos ellos luz y ambiente, y todo respira verdad y revela una observación directa, así como una gran habilidad técnica para trasladar sobre la tela lo que tan bien sabe ver y sentir, resultando del conjunto de estas cualidades obras tan simpáticas y de tan bellísima impresión como el cuadro que adjunto reproducimos.

**La hermana mayor, cuadro de Luis Nono.**—En la Exposición Internacional de Bellas Artes celebrada en Venecia en el presente año llamaron poderosamente la atención las obras del notable pintor de aquella ciudad Luis Nono, reunidas en una sala especial, digno homenaje al talento de tan ilustre artista. El mejor elogio que de aquella instalación podemos hacer lo encontramos en el siguiente párrafo de un distinguido crítico italiano: «Entre las extrañezas de ciertas filosofías pictóricas, extravagantes en el fondo y en la forma ridículas; entre tantos extravíos que se hacen pasar por poesía y tantos desatinos que algunos quieren imponernos como manifestaciones de expresión potente; entre tantos mamarrachos llamados notas luminosas, la sala en donde están reunidas las obras de Luis Nono parece un oasis donde el espíritu se reposa. En aquellos veinticinco lienzos de los más variados géneros, tratados todos con varonil riqueza de pensamiento, se revela un apasionado amor á la verdad, unido á un gusto exquisito.» Como ejemplo de la justicia de estas alabanzas, véase *La hermana mayor*, cuadro que reproducimos en la página 623, y en el cual se admira la obra de un pintor que no sólo sabe ver la realidad y copiarla fielmente, sino además sentirla de un modo intenso é imprimir en ella esa honda poesía que el artista de corazón descubre en las escenas que para algunos pasan inadvertidas y á otros pudieran parecer insignificantes y hasta á veces prosaicas.

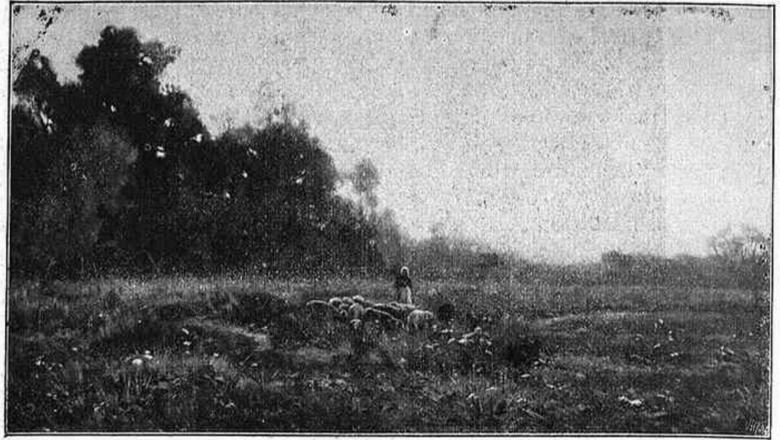
**Santa Lucía, cuadro de F. Cipolla.**—Tal es el nombre que lleva uno de los barrios más típicos de la poética Nápoles, situado junto al mar y habitado por pescadores que se dedican á la venta de los que allí se llaman *frutti di mare*. Las bellezas del golfo sobre el que la ciudad se asienta, la limpidez del cielo, la poesía del paisaje y la hermosura y la gracia de las napolitanas han sido siempre motivos de atracción poderosa para poetas y artistas que en inspiradas estrofas ó en pinturas llenas de luz y de vida han cantado ó reproducido las maravillas de aquella naturaleza. El cuadro de Cipolla es trasunto fiel de tales encantos: en el fondo el inmenso y azulado mar confundiendo en el horizonte con el cielo de luminosidad deslumbrante; á un lado un grupo de casitas blancas que se destaca sobre el verde oscuro de una colina, y en primer término dos muchachas de singular belleza que escuchan las amorosas trovas del joven pescador; tales son los elementos de que ha echado mano el celebrado artista, y justo es consignar que al combinarlos ha procedido con admirable acierto, trazando una composición de mucho color local, en la que lo bello del asunto avalórase por una ejecución acabada.

**Hogar dichoso, cuadro de P. Descelles.**—No es la dicha patrimonio exclusivo de los ricos y de los poderosos; la felicidad, enmendando en mucha parte las injusticias de la ciega fortuna, acude no pocas veces á la choza del pobre, y en cambio se olvida por completo de visitar los palacios de los potentados. Contemplando la escena que sirve de asunto al cuadro de Descelles y que no es, ni mucho menos, una excepción en la vida humana; respirando aquel ambiente de paz y de amor; ¡cuántos no mirarán con envidia el humilde hogar que de buena gana trocarían por las esplendencias de su morada suntuosa! Este efecto que produce la sentida obra del celebrado pintor francés constituye una gran enseñanza. ¡Qué mejor manera de aplacar los odios de quien apenas tiene lo necesario, que hacerle ver cómo su pobreza puede ser envidiada por aquellos á quienes la suerte ha colmado de riquezas!

**Una calle de Oyarzun, cuadro de Andrés Larraga.** (Salón París.)—Bien merece un aplauso el inteligente pintor Sr. Larraga, por la obra que reproducimos en estas páginas, trasunto agradable y exacto de una de las más bellas y pintorescas villas del país vasco, que tantos atractivos presenta y que tantos medios de estudio ofrece al artista y al observador. Andrés Larraga continúa con plausible éxito la labor que hace algunos años emprendiera, al igual de lo practicado por otros distinguidos artistas de otras regiones, cual es la de dar á conocer cuantas bellezas encierra el país en que naciera, presentándolo en una forma agradable y simpática, avalorada por el buen gusto y la inteligencia.

## MISCELÁNEA

**Bellas Artes.**—BARCELONA.—Como anuncio del gimnasio Gibert se ha publicado un bonito cartel en colores, original



PAISAJE, cuadro de Galwey

de J. Gibert y reproducido en la litografía de J. Gelabert, que así por el dibujo como por el colorido responde perfectamente á las condiciones que el arte exige al género al cual pertenece.

**BUENOS AIRES.**—Según noticias recibidas de la capital argentina, el concurso convocado por D. Manuel Malagrida para los carteles anunciadores de los cigarrillos Paris, de que oportunamente dimos cuenta, promete ser un gran acontecimiento artístico. Hasta ahora se han recibido magníficas obras de arte de todo el mundo, especialmente de los Estados Unidos, Alemania, España, Francia, Italia, Japón y China, calculándose que llegarán á cerca de mil los carteles que concurrirán á disputarse los 15 premios cuyo valor se eleva á 22.000 francos.

**Teatros.**—Barcelona.—En el teatro de Novedades funciona una compañía de ópera que ha cantado con aplauso *Carmen* y *La Bohème* y con mediano éxito en castellano la ópera de Gounod *Mireille*. En Romea ha inaugurado la temporada de otoño é invierno la notable compañía de declamación catalana de la cual forman parte elementos tan valiosos como las señoras Monner, Parreño y Clemente, y los Sres. Soler, Borrás, Goula, Fuentes, Capdevila y otros distinguidos actores. En el Eldorado funciona una buena compañía de zarzuela del género chico, dirigida por el conocido actor cómico D. Servando Cebón. Para el teatro Principal está contratada una compañía de declamación castellana, dirigida por D. Enrique Sánchez de León y en la que figura la distinguida actriz Sra. Lamadrid.

—La ópera *El mercader de Kalaschnikow*, de Antonio Rubinstein, que desde el año 1880 en que fué escrita había sido prohibida dos veces por la censura rusa, ha sido al fin autorizada. La prohibición se fundaba en que en el excelente libreto de Lermontow estaba trazada con toda verdad histórica la figura del tsar Iván el Terrible.

**Neurología.**—Han fallecido:

D. Joaquín Maldonado Macanaz, notable publicista madrileño, redactor de *La Epoca*, ex catedrático de la Universidad Central, ex director general de Instrucción Pública y de la Deuda, senador, consejero de Instrucción Pública, académico de la Historia, etc.

Luis M<sup>a</sup> de Albertis, célebre explorador italiano, autor de la obra *En Nueva Guinea: lo que allí he visto y he hecho*, que ha sido traducida á varios idiomas.

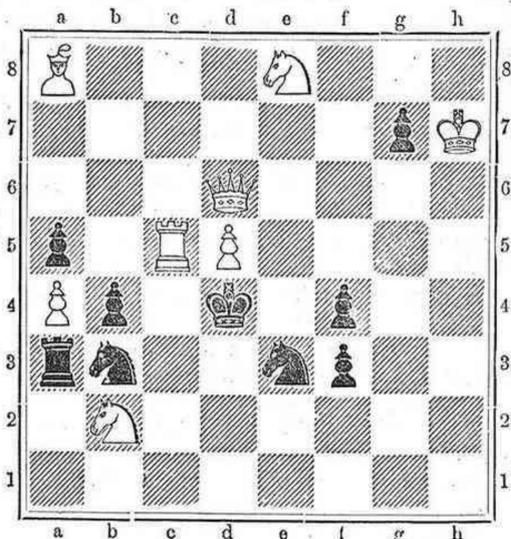
Grigori Alexandrowitch Matchet, notable novelista ruso, cuyas obras han sido traducidas á varios idiomas.

Juan de Miquel, político y hacendista alemán, ex ministro de Hacienda de Prusia.

## AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 254, POR M. EHRENSTEIN.

NEGRAS (9 piezas)



BIANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 253, POR B. WARDENER.

Biancas.

N.º 253.

1. Th6-f6

1. Cualquiera.

2. A, D ó P mate.



... ofrecía desde lejos el aspecto de un retrato antiguo

## UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA



### I

Los inmensos salones del hotel de Beaurand, abierto por primera vez después de veinte años, iban quedando desiertos; de la muchedumbre que los había animado pocos momentos antes, quedaban sólo algunos grupos íntimos, en el *buffet*, donde algunos amigos de la casa se habían refugiado para restaurar las fuerzas antes de dar un paseo por el bosque. Las señoras, sentadas, iban pellizcando alguna que otra fruta ó pastel, mientras los caballeros, que permanecían de pie, hablaban: el tema principal de la conversación era la novia.

Esta, con el velo de encaje sobre la espléndida cabellera negra, que tan armónico marco formaba á su agraciado rostro, estaban todos conformes en que era extraordinariamente hermosa. Los caballeros llegaban al extremo de sentirse inclinados á creerla demasiado bella.

- Yo prefiero una clase de belleza menos imponente, dijo un joven que vestía con la más refinada elegancia; con una mujer como esa, no me atrevería nunca á ir á los Bufos. Y si no puede uno llevar su esposa á los Bufos...

- Sí, ya conozco tus aficiones; tú necesitas una de las pollitas de Polrey. Cásate, amigo, cástate é irás á los Bufos, te lo aseguro, y al Edén y á la feria de Neuilly... ¡Parece mentira que te agrade eso!

- La joven señora de Beaurand tiene una sonrisa exquisita, dijo una viuda de temperamento conciliador.

- ¡Exquisita!, estoy conforme en eso, pues cuando sonrío es otra mujer.

- Y ha sonreído toda la mañana, añadió un tercero. Los ángulos de la boca deben dolerle.

- ¡Bah! ¡La felicidad!..

- ¿La felicidad? No tanto. No ha sido ese un casamiento por amor, según he oído decir...

- ¿De qué habrá sido entonces? Ella es tan rica como él.

- ¡Eso por lo menos!

- Tampoco ha podido ser una boda por miras ambiciosas. El es capitán de dragones, muy apuesto, tiene treinta años..., pero no encuentro en todo ello nada que pueda excitar en extremo la imaginación.

- Según parece, ha sido un matrimonio por amistad, casi por complacencia.

- ¿Por parte de quién?

- ¡Por la de la novia, por supuesto! El está locamente enamorado. Se dice - y sólo refiero lo que me han contado, - se dice que la señorita Estrella Brunaire ha cedido al fin, únicamente obedeciendo á la bondad de su alma, en vista de que Raimundo perdía el apetito por ella. ¡Y realmente, como sabéis todos, había enflaquecido!

Cuantos se hallaban en el grupo rieron esta atrevida afirmación; una dama replicó, otro caballero insistió en aquella, y por fin se dispersaron todos después de dirigirse corteses frases de despedida y de haberse dado afectuosos apretones de mano.

En un rincón del fumadero, el novio, apoyado en uno de los brazos de una butaca, hablaba en voz baja con Teodoro Benoist, su compañero de profesión, retirado á la vida civil desde hacía ya algunos años.

- ¡Ya eres feliz!, decía Teodoro.

- ¡Feliz, sin duda..., porque espero!

- ¿Qué puedes esperar más?

- Hacerme amar..., pues no me ama.

- ¡Oh, si la oyese hablar de ti!.. Hoy estaba verdaderamente radiante de alegría.

- ¡Sí, está alegre porque es buena... como la misma bondad! Habla de mí como has dicho; me dispensa demasiada, ¡oh, sí!, demasiada amistad..., pero no me ama. ¿Has visto en su semblante nada que se asemeje á ese temor impaciente que experimentan las recién desposadas? Fíjate sólo en esto: estamos casados desde hace casi cuatro horas; pues bien, ¿querrás creer que no he podido decirle una palabra á solas, ni besarle siquiera la mano?

- En una recepción como esta, en que has visto desfilar mil quinientas personas, confiesa, amigo Raimundo, que la soledad...

- ¡Oh, si me amase! No sé cómo se las hubiera compuesto, pero habría encontrado el medio... ¡En cambio, yo la adoro!

Raimundo se pasó la mano por la frente haciendo desaparecer una arruga que en ella había aparecido, y se levantó sonriendo.

- ¡La amas demasiado!, dijo Benoist con tono grave.

- ¡Así lo temo!.. Será preciso que ella me ame también... y lo hará, ¿no te parece?

- Lo espero y lo deseo, le respondió su amigo con una sonrisa de bondadosa confianza.

- ¿Te quedarás aquí hasta el momento de nuestra

partida? Salimos en el tren de las seis para ir á comer á Beaurand..., llegaremos allí á las siete y cuarto. Quisiera estrechar tu mano en el último momento.

- Sea: voy á hacer la corte á tu tía. Mad. Montclar está hoy adorable. Siempre lo es; no conozco seguramente señora de más delicioso trato; pero hoy la alegría que experimenta la hace en sumo grado encantadora.

- Es también dichosa. Quiere mucho á Estrella y hasta pretende que existe entre las dos sorprendente analogía. Yo no he sabido verla, pero eso no es una razón. ¡Pobre tía! Ella me ha querido por todos: por mi madre, á quien no he conocido; por mi padre, que tan repentinamente perdí hace ya veinte años...

Raimundo calló y se quedó pensativo.

- No recuerdes eso, le dijo su amigo afectuosamente. El día de hoy no debe entristecerse...

- No puedo olvidarlo un instante, respondió el novio con cierta inquietud. Ni un solo día ha transcurrido sin que haya vuelto á ver en mi imaginación el rostro de mi padre, tal como me lo describieron... Su trágica muerte ha dejado en mi ser una impresión que nada puede borrar.

- Sé razonable, Raimundo; un accidente de caza puede ocurrirle á cualquiera.

- Quizás... El recuerdo de aquella catástrofe no se ha separado de mí un solo día.

- Vaya, amigo mío, voy á reprenderte de veras. Mira á tu esposa en el fondo del salón rojo, y hazte cargo de que dentro de tres horas estaréis solos en tu casa...

- Es verdad; tienes razón. Gracias. Hasta pronto; queda convenido que me esperas. Voy á vestirme...

Raimundo se puso de pie, dió un apretón de manos á su amigo y se alejó.

Teodoro, que le seguía con la mirada, dominado por cierta preocupación, le vió acercarse al grupo en que estaba sentada la novia.

Esta se había quitado el velo, y con la cabeza ligeramente vuelta hacia un lado y su flexible cuerpo moviéndose con libertad bajo el traje de riquísima seda mate, de un color blanco dorado, ofrecía desde lejos el aspecto de un retrato antiguo. Su perfil de líneas regulares en todos sus pormenores, sus hermosos ojos negros, su dulce mirada y la extraordinaria expresión de bondad de sus labios sonrientes, daban á Estrella un encanto mayor aún que el que tenía

por su belleza. Entre la espesura de verde follaje, sobre las que se destacaban inmenso número de guirnalda y de ramos blancos de todas clases y formas, la novia parecía una joven diosa rodeada de ofrendas virginales que acogía con benevolencia.

Raimundo se acercó a su esposa y le dijo algunas palabras. Benoist no las entendió; pero la actitud de su amigo, no menos que el modo con que éste había apoyado la mano en el respaldo del sillón donde se hallaba sentada aquélla, expresaban tan inmensa ternura y tan avasallador apasionamiento, que Teodoro se sintió emocionado. La joven levantó los ojos hacia su marido al contestarle: su mirada era límpida, su sonrisa confiada; una pequeña carcajada hizo brillar sus blanquísimos dientes, al mismo tiempo que volvía la cabeza con la expresión de un niño que está alegre; todo su ser, en fin, respiraba la gracia y la tranquilidad de una alma inocente y dichosa.

— Confío en que le amaré, pensó Benoist. Sería una verdadera lástima que esos dos encantadores seres no se entendiesen por completo. Han sido creados uno para otro.

Entretanto los que formaban el grupo se habían levantado, y los parientes y las amigas, de pie, repetían a los novios — que en aquel momento estaban uno al lado del otro — parabienes y amistosas frases. El capitán, que tenía una talla excepcional, era toda la longitud de su cabeza más alto que su esposa; pero de todas las que rodeaban a ésta, sólo madame Montclar era tan alta como ella. Los cabellos castaños, ojos azules y bigote rubio de Raimundo formaban un brillante contraste con la belleza de Estrella, que era morena, pero que tenía en cambio ese cutis finísimo de las rubias que cuando va unido a unos ojos negros aumenta tanto sus atractivos.

«Raimundo no ha podido hallar la analogía entre la hermana de su padre y su esposa; pues yo la veo, se dijo Benoist; es una semejanza en las líneas generales, una parecida construcción de la cabeza... Dentro de cuarenta años Mad. de Beaurand será una Mad. Montclar, tan simpática como ésta y aun probablemente más bonita.»

Los invitados se dispersaban ya por los salones. El amigo de Raimundo dió algunos pasos y se encontró a una distancia tal de los novios, que podía oír con facilidad cuanto dijese.

— Voy en seguida a vestirme, dijo la recién desposada, y tú, Raimundo, aligérate cuanto puedas.

Beaurand se inclinó hasta besar la mano que su esposa tenía colocada sobre el respaldo de una butaca; luego saludó a las últimas personas que quedaban en el salón y salió de él.

— Lo que es yo, dijo Estrella, es menester también que me apresure. ¡Si se nos llegase a escapar el tren!.. ¡Un día de boda!.. ¡Sería una cosa inaudita!

— Hay otros trenes, respondió filosóficamente Mad. Montclar.

— ¡Y Vatel, que nos habrá preparado un magnífico festín! Sería para él cosa de desesperarse. ¡Qué inauguración de mi carrera matrimonial! Me voy corriendo; ¡adiós!

La joven desapareció entre un cortinaje de pasamanería, que cayó tras ella, confundiendo el rumor de sus pliegues con el que producían la seda y los encajes del vestido que llevaba la novia. La tía de ésta, después de haber acompañado hasta la escalera a los últimos visitantes, volvió al salón, en medio del cual permanecía Benoist.

— Si la molesto, apreciable señora, dijo éste, colóqueme en un rincón y no se acuerde de mí. Raimundo me ha suplicado que me quede hasta el momento de su partida; quiere estrecharme la mano una vez más... ¡Es una niña, pero somos tan antiguos amigos!..

— No me estorba usted de ningún modo, Sr. Benoist, contestó Mad. Montclar. Voy a sentarme en este sillón con los pies sobre un taburete... ¡Eso es, magnífico, gracias; porque estoy muy fatigada, pero también me hallo muy contenta y la alegría sostiene! Además, tiempo sobrado tendré para descansar. No iré a reunirme con ellos en Beaurand hasta dentro de ocho días.

— Mucho tiempo es, repuso Benoist sonriendo. No se separa usted apenas de su sobrino, como no sea durante las maniobras... ¡Qué madre más buena ha sido usted!

— Falta le hacía, ¡pobrecillo! Cuando mi hermano murió, Raimundo contaba doce años: ¿qué quiere usted que sea de un niño a esa edad, si no hay quien a su lado reemplace los padres que ha perdido? En fin, ya está casado; me siento satisfecha.

— Según me ha dicho Raimundo, quiere usted mucho a su sobrina. Es adorable.

— No puede usted saber hasta qué punto. Es también huérfana, como él; su madre hace unos doce años que murió... por fortuna, diría, si me atreviese.

— ¿Por qué?

— Era una mujer melancólica y enferma, según creo, y no la quería ni se ocupaba para nada de ella. Una amiga se encargó de la huérfana y la ha hecho educar con sus propias niñas, obteniendo admirables resultados. Raimundo frecuentaba la casa... Tengo para mí que mi amiga le había elegido para su hija mayor; pero mi sobrino se enamoró perdidamente de Estrella, y ha sido preciso dársela quieras que no... Esto ha enfriado un tanto las relaciones entre Mad. de Polrey y nosotros... ¡Por mí, tanto peor! ¿Qué podía hacer yo? Y hablando con franqueza, prefiero cien veces Estrella a cualquiera de las señoritas Polrey, aun siendo como son, y son muy guapas; pero con sus boquitas cañonadas son verdaderos papagayos caseros, mientras nuestra Estrella es toda una mujer. ¡Será una digna Beaurand!

— ¡Entusiasta!, dijo Benoist sonriendo.

— ¡Entusiasta!, sea; ¡siempre, toda mi vida! Y crea usted que el serlo me ha proporcionado muchas satisfacciones.

Mad. Montclar, que durante algunos momentos había permanecido pensativa, se levantó de pronto.

— Voy a ver cómo visten a esa niña; con su permiso. Vuelvo en seguida.

Dicho esto, por la misma puerta por donde se había ido su sobrina, salió del salón, dejando a Benoist entregado a sus meditaciones.

## II

Raimundo, con objeto de dar algunas órdenes, se había detenido en la meseta superior de la escalera, desde donde dirigió a su alrededor una de esas miradas propias del dueño de una casa que se siente satisfecho.

El rico hotel había conservado la frescura de colorido y la brillante ornamentación de otro tiempo, atenuados únicamente por los veinte años de soledad que para ellos habían transcurrido, y que les habían impreso un sello especial que los hacía acaso más agradables a la vista que cuando eran nuevos.

Adornando los muros de mármol y cayendo en suntuosos pliegues hasta los primeros peldaños de la escalera, veíanse las grandes tapicerías conservadas por la familia durante doscientos años; la luz entraba en el salón cenitalmente, por una cúpula de cristales rodeada de balaustres calados de los que pendían riquísimas telas antiguas bordadas y con flecos de oro; la alfombra, de color púrpura, destacábase sobre el blanco de las piedras; macizos de azulejos llenaban todos los huecos: sobre los tramos esculpidos se cruzaban estrechamente las ramas de grandes palmeras verdes, formando un arco triunfal. Por debajo de aquel dosel de alegría y gloria, Raimundo había pasado dos horas antes, llevando del brazo a su joven esposa, vestida de blanco y coronada de flores virginales; dentro de pocos instantes volverían a atravesar por allí ataviados con sencillas ropas de viaje... Ante esta idea, el corazón del recién casado latía con violencia. La hora en que la había conducido a la antigua casa de su padre fué en extremo dichosa; pero aquella en que se le llevase sola consigo y para siempre, sería aún cien veces más fausta...

Con cierta precipitación dió las últimas instrucciones acerca de lo que debía hacerse en los días sucesivos, y llamó luego a Miguel, su ayuda de cámara, hombre de unos cuarenta años y de aspecto militar, a pesar del frac y blanca corbata que llevaba.

— Todo está dispuesto, dijo éste. He encendido un poco de fuego en el gabinete de mi capitán, porque comparado con los salones no hacía calor en él.

— Está bien, Miguel, contestó Raimundo distraído.

— La correspondencia de mi capitán está sobre la mesa.

— Gracias. Vete a mi cuarto de vestir y aguardame allí; vengo en seguida. Di también que me avisen si por casualidad la señora está dispuesta antes que yo.

Con paso perezoso, como el de quien va a cumplir una obligación pesada, Raimundo se dirigió a su gabinete.

Era éste el que habitó siempre desde que, al morir su padre, pasó a su lado su tía Mad. Montclar, viuda y sin hijos. Durante las vacaciones de la escuela militar de Saint Cyr, había pasado allí descansadas horas, durmiendo hasta las ocho de la mañana en el gran lecho con cortinajes oscuros que estaba todavía en la alcoba.

El gabinete de Raimundo era una vasta pieza cuyas dimensiones no disminuían una grande y maciza mesa colocada junto a la ventana y un enorme hogar en el que ardía un grueso leño. Sobre la chimenea y en el sitio que hubiera correspondido al espe-

jo, veíase un gran retrato de cuerpo entero del general de Beaurand, padre del capitán, a quien saludaba éste con la mirada y el pensamiento todas las mañanas y todas las noches. La imagen de su madre, rubia y delgada, se había borrado de su memoria, como se extinguen hasta quedar sólo levísimas líneas las fotografías antiguas sujetas a la devoradora acción del sol; pero a su padre le veía siempre, unas veces vivo, arrogante, erguido sobre su alazán; otras muerto, lívido, tendido sobre unas parihuelas de ramaje, con la herida en el costado izquierdo que tan singulares caracteres presentaba y que dió lugar a que en otro tiempo se hablase, no de un accidente de caza, sino de un crimen.

Al entrar en el gabinete, Raimundo miró el retrato y se acordó de aquella herida.

Notaba más la falta de su padre aquel día que ningún otro. El afecto extremadísimo que a su memoria conservaba, le había hecho más penosos los solemnes actos que acababan de efectuarse y en los que los seres queridos tanto participan de la dicha que experimentan los que aman. A la claridad gris de aquella tarde de mayo, el retrato le pareció más pálido que de costumbre.

«¿Quién habría podido dar muerte a su padre? Todos le querían en la comarca y se le recibía como amigo en cuantas casas existían en cinco leguas a la redonda. El día fatal estaba cazando solo y mandó a un guardabosque que llevase su perro a su casa y volviese con otro y un ojeador... Cuando regresaron los criados, hallaron al general muerto, casi en el mismo sitio donde el guarda le había dejado, al pie de un seto y junto a una zanja... La escopeta debió dispararse al saltar la cerca M. de Beaurand. ¿Quién, pues, y por qué hubiera podido matarle?»

Raimundo procuró alejar de su mente estas importantes ideas y se acercó a la mesa. Una fotografía de grandes dimensiones representando a Estrella hallábase en primer término, recibiendo de lleno la luz que penetraba en la estancia y pareciendo mirarle con afectuosa confianza, serena, con aire bondadoso y con las manos cruzadas.

«¡Amada! ¡Amada mía!» murmuró el joven acercando sus labios al cristal bajo el que se hallaba el retrato.

El frío contacto con aquél le desagradó, lo que hizo que separase la fotografía del cuadro que la encerraba para besarla con apasionamiento, mientras su corazón continuaba latiendo violentamente, como no había dejado casi un instante de hacerlo desde por la mañana.

Cuando volvía a colocar el retrato sobre la mesa, vió sobre una bandeja un abultado montón de cartas, tarjetas y telegramas de todos colores y dimensiones.

«¡Dios mío!, pensó, ¿será preciso que lea todo eso?»

Con ánimo de eludir tan enojosa tarea, consultó el reloj; pero éste le concedía tiempo suficiente para abrir su correspondencia. Después de todo, valía más acabar de una vez para quedar libre luego... este «luego» resumía para él todas las bienandanzas. Con mano resignada se apoderó, pues, del primer pliego que había sobre el paquete, le quitó el sobre y leyó con paciencia su contenido.

Cartas de amigos con alguna frase cariñosa; otras de personas indiferentes sin nada de particular; ofrecimientos de comerciantes, peticiones de criados descosos de entrar al servicio del señor o la señora, unas tras otras fué abriéndolas todas Raimundo, leyéndolas y clasificándolas, las inútiles a un lado y al otro las que merecían contestación, efectuando todo esto con la prontitud y el método con que para tal tarea proceden las personas para quienes son preciosos el tiempo y el espacio.

Ansioso de acabar, dos veces había consultado el reloj; pero viendo que aún le sobraba tiempo, prosiguió su trabajo, hasta complaciéndose en él, pues le ayudaba a distraerse de las impacencias y los desatinados deseos que a cada instante le asaltaban. A pesar de todo, no había empleado en esta ocupación ni diez minutos.

Su ayuda de cámara entró a ver si estaba dispuesto para salir.

— Voy, Miguel, le dijo Raimundo sin mirarle.

La puerta se cerró otra vez.

No faltaban más que dos cartas. El joven se levantó. Un pliego que había caído al pie de la mesa atrajo su atención. Al recogerlo lo miró con cierta sorpresa.

Era un sobre común, y la dirección, que subía hacia el ángulo superior, estaba trazada en esos caracteres irregulares propios de las personas que casi nunca escriben.

«A M. Raimundo de Beaurand, en su casa, calle de Lille, París.»

«No me gusta el aspecto de esta carta,» pensó el capitán.

El pliego, sin embargo, por su apariencia exterior se asemejaba á muchos de los que acababa de leer y en los que se contenían ofrecimientos de criados sin colocación. Por fin lo abrió.

La hoja de papel que aquel sobre contenía estaba cubierta por líneas de un carácter sumamente tosco, pero de rasgos en los que se adivinaba la resolución. Comprendíase que su autor había debido redactar un borrador que copió luego cuidadosamente. La escritura llenaba por completo tres páginas; en la cuarta había sólo algunas palabras y una firma.

Raimundo, que se hallaba de pie, empezó á leer; pero á las primeras líneas tuvo que apoyarse en el respaldo de su butaca, con los ojos enrojecidos y el semblante descompuesto. Después de algunos instantes de lucha, se sentó, puso la carta sobre la mesa, pues temblaba sosteniéndola, y dió principio á la lectura con el mayor detenimiento; mas no tardó en verse obligado á apoyar una mano sobre el papel y á seguir con un dedo las líneas que leía, con objeto de no perder la ilación, pues las letras parecían moverse ante sus ojos.

Dos veces más leyó aún la misiva; luego se echó hacia atrás, quedándose pensativo.

Sus reflexiones debían ser espantosas, porque por su frente corrían gruesas gotas de sudor, que no se acordaba siquiera de enjugar. Algunos instantes después, pareciéndole que se ahogaba, se levantó, abrió de par en par la ventana, respiró un momento el aire libre y volvió á sentarse en su sillón, delante del sitio donde había colocado la carta.

Con insistencia buscaba entre aquellas líneas un párrafo, una frase que miraba con atención, entre-gándose luego nuevamente á sus reflexiones.

Miguel, que se hallaba en la pieza vecina, hacía ruido con los utensilios del tocador para advertir á su amo de que la hora de la partida se aproximaba, y hasta llegó á entreabrir la puerta asomando por ella la cabeza para ver al capitán; pero el aspecto de éste le produjo tal terror, que nada se atrevió á decir, retirándose dominado por mortal inquietud.

Raimundo continuaba pensativo. Más de una vez hizo un movimiento brusco, como si hubiera encontrado la solución de un problema; pero volvía á fijarse en el papel que ante sí tenía y quedaba nuevamente abatido.

«Si llamase á Benoist...» se dijo.

Le parecía tan claro como la luz del sol, que únicamente á su amigo podía revelar lo que acababa de saber; pero á pesar de todo, continuó inmóvil.

El timbre del reloj empezó á sonar. Raimundo miró la esfera: eran las cinco y media; no podía por tanto perder un instante si deseaba alcanzar el tren. Indeciso, vacilante, se levantó; toda la energía del capitán de Beaurand había desaparecido, no quedando en aquel gabinete más que un pobre hombre agobiado por un golpe que no se sentía con fuerzas para resistir.

— Mi capitán, se atrevió á decir Miguel entre-abriendo la puerta.

— ¡Déjamel, contestó Raimundo con voz ahogada.

Sus miradas se fijaron de nuevo en la carta, que cogió, haciendo con ella una bola y arrojándola al hogar, cuyas llamas la consumieron instantáneamente. Algunos residuos ennegrecidos del papel volaron hacia la chimenea, siguiéndolos con mirada vaga Raimundo, que parecía hallarse fuera de sí.

El roce de un traje de seda y poco después la voz de Estrella, se oyeron en el corredor junto á la puerta de la estancia.

— ¡Y yo que temía no estar dispuesta á tiempo!, decía riendo la joven.

— Raimundo, dijo Mad. Montclar dando unos golpes en la puerta, vamos á llegar tarde á la estación.

— Voy, respondió el capitán con voz firme; dentro de cinco minutos estaré listo.

Inmediatamente cerró la ventana.

Las dos mujeres se alejaron riendo.

Raimundo había recobrado su actitud acostumbrada y permanecía de pie y erguido.

Con apasionada vehemencia, tomó la fotografía de Estrella y la acercó á sus labios; pero apenas con éstos la había tocado, la retiró con horror, fijando sus ojos en los de la mujer retratada, que parecían dirigirle un mudo conjuro. Fascinado, iba otra vez á besarla; pero dominándose de pronto con violencia, hizo mil pedazos el retrato, arrojándolos á la chimenea, donde se diseminaron, sin que el joven los mirase siquiera.

Hecho esto, abrió un armario, sacando de él una caja de pistolas de reglamento, que examinó, encontrándolas en buen estado y dispuestas para servir. Eligió una, la desarmó, la armó otra vez, y soste-

niéndola con mano firme, dirigióse hacia el punto donde se hallaba el retrato del general, en el que fijó la vista, mientras con la mayor calma descubría su pecho.

Durante algunos momentos estuvo contemplando con mirada tierna y dolorida la imagen del que fué su padre... ¿Qué le diría en el tiempo que duró aquella muda contemplación? ¿Estaría orando, ó se trataría simplemente de un amor filial exaltado hasta el extremo de rayar en la locura?..

En el momento en que sus ojos se llenaban de lágrimas, Raimundo apoyó el cañón de la pistola en su costado izquierdo, junto al corazón, disparó y cayó inerte, con el arma homicida en la mano.

### III

No es posible describir el inmenso estupor que en cuantos se hallaban en el hotel produjo el sangriento suceso, hasta el punto de que, para alguno de ellos, la primera impresión fué de completa incredulidad, pareciéndole que así él como todos los que le rodeaban, eran víctimas de una cruel alucinación.

Miguel había sido el primero que penetró en el gabinete, en el que se hallaba puede decirse antes que se extinguiese el ruido que produjo el disparo y en el preciso momento en que caía al suelo exánime su amo, junto al cual se arrodilló en seguida, poniéndole la mano sobre el corazón, de cuyo punto no tardó en retirarla chorreando sangre y dominado por tan violenta emoción, que desfallecido, sin poder pronunciar una palabra, se desplomó sobre la alfombra, junto al cadáver del capitán.

Mad. Montclar y Estrella penetraron pocos momentos después en la estancia, atraídas por la detonación, pero creyendo con la confianza propia de las personas felices, que no pueden admitir la violencia de una desgracia inmerecida, que se trataría de un simple y casual disparo de arma de fuego, sin consecuencia alguna desagradable.

Al ver á su sobrino tendido en el suelo en posición supina, Mad. Montclar, sin fuerzas para moverse, se quedó parada en el umbral de la puerta. Estrella, que la seguía, entró en el gabinete, dió dos ó tres pasos y se detuvo estremecida ante el espectáculo terrible de la muerte, que por primera vez se presentaba á sus ojos.

Su traje ligero de seda gris-plata, los atavíos de viaje de que se había provisto, el sombrero con flores y la sombrilla que en la mano llevaba, la hacían aparecer como la imagen de la vida y de la alegría.

Después del primer movimiento de terror, se repuso un tanto, acercándose tímidamente al cuerpo de Raimundo, hacia el cual se inclinó, mientras sus vestidos rozaban el reguero de sangre que corría por el suelo.

— ¿Está sólo herido, dices, Miguel?, murmuró la joven en voz baja. Es preciso ir en busca de un médico.

Entretanto se había llenado el gabinete de criados, en cuyas fisonomías se reflejaba el mayor aturdimiento. Benoist entró también con ellos, bastando su presencia para imponer inmediatamente el orden y el silencio. Sin detenerse en averiguar si quedaba aún algún resto de vida en el cuerpo que yacía á sus pies, el amigo de Raimundo, ayudado por Miguel, que había recobrado ya el conocimiento, lo colocó sobre la cama, enviando después á dos criados para que fuesen en busca de otros tantos célebres cirujanos que vivían en distintos barrios. Al resto de la servidumbre les encargó que se fuesen á continuar las tareas que habían dejado interrumpidas al oír la detonación.

— Vuestro señor ha sido víctima de un accidente casual, dijo Benoist con acento tranquilo; nada tiene eso de raro. Cuando haya salido de su desvanecimiento, veremos lo que conviene hacer; entretanto, hasta que venga el médico, no he de encargarnos otra cosa sino la mayor reserva.

El tono de aquella voz varonil había infundido en todos una especie de confianza; así es que los criados se retiraron casi convencidos de que la desgracia era, efectivamente, accidental.

Benoist cerró las puertas, quedándose ante el cadáver de su amigo con las dos mujeres y Miguel.

— Está sólo desmayado, ¿verdad, caballero?, dijo Mad. Montclar, que había logrado dar algunos pasos hasta sentarse casi desfallecida en una butaca.

Benoist movió tristemente la cabeza.

— Se hallan ustedes en estado de comprenderme, dijo Raimundo ha muerto; sus dedos están ya helados y se ponen rígidos... Lo que importa ahora saber, y ocultar quizás al mismo tiempo, es la causa de su muerte.

— Un accidente, murmuró Mad. Montclar retorciéndose las manos, presa de la mayor desesperación;

esto no ha podido ser otra cosa que un accidente, Sr. Benoist. Ese desgraciado, pensando sólo en su dicha, habrá sido imprudente... La alegría le había hecho perder el juicio... Esta mañana, antes de ir á la iglesia, me dijo: «Estoy loco, querida tía, loco rematado de placer.»

Estrella, de pie en medio de la estancia, miraba á su marido en actitud compasiva y sin decir una palabra.

Benoist la contemplaba á su vez, admirado de que estuviese tan tranquila.

— Y usted, señora, le dijo, ¿cree que haya sido una casualidad?

La joven, no creyéndose aludida por la falta de costumbre que tenía de oírse llamar «señora,» nada contestó.

El amigo de Raimundo dió un paso hácia ella, repitiendo:

— Señora de Beaurand, ¿cree usted también que la muerte de su esposo sea debida á un accidente?

— Sin ninguna duda, caballero, respondió aquélla; de otro modo, ¿qué pudiera ser?

Estrella se había vuelto hacia su interlocutor, estremeciéndose ligeramente al encontrarse con la mirada inquisitorial, casi dura, que éste le dirigía, como si pretendiese llegar hasta lo más recóndito de la conciencia de aquella mujer.

Un grito de dolor se oyó en aquel momento en el gabinete. Lo había lanzado Mad. Montclar, quien algo repuesta de su abatimiento, se había acercado al lecho, y al tocar la mano, rígida ya, de su sobrino, se había hecho cargo en toda su horrorosa realidad de la pérdida que acababa de sufrir, cayendo de rodillas y pronunciando frases incoherentes, entrecortadas por los sollozos.

La vista de aquella anciana, presa de la desesperación y que conservaba puesto aún el rico traje que lució durante la ceremonia nupcial, desgarraba el alma.

Estrella, al verla en tal estado, se le acercó, abrazándola, con muestras de profunda lástima.

— ¡Tía, querida tía!, dijo la joven en voz baja, por el amor que usted le profesaba, tenga paciencia y resignación...

— ¡Oh!, exclamó Mad. Montclar. Como no le conocías apenas, por eso puedes hablar de resignación; pero no yo, que le quería desde que vino al mundo.

Estrella hizo un gesto de dolor, de disgusto y hasta casi de mortificación; pero no por eso cedió, y tomando á la anciana por un brazo, dijo á Benoist:

— Ayúdeme usted, caballero.

Este obedeció, levantando entre los dos á Madame Montclar y haciéndola sentarse en una butaca próxima al lecho.

— Debiera usted llevársela, dijo el amigo de Raimundo á Mad. de Beaurand.

— Llévesela usted, si consiente en ello, respondió Estrella, sin mirarle. En cuanto á mí, este es mi sitio... Soy su esposa.

Benoist le dirigió una de esas miradas penetrantes, que parecen llegar hasta el fondo del alma, y que la joven soportó imperturbable y un tanto admirada ante aquella persistencia que le parecía inconveniente.

— Le sorprende á usted, me parece, no verme llorar, dijo la joven con cierta altanería; no lloro nunca cuando mi emoción es muy grande. ¡Dichosos los que pueden derramar lágrimas!

Diciendo esto, apoyó su mano cariñosa en el hombro de Mad. de Montclar, quien al apercibirse de aquella tierna muestra de compasión, correspondió á ella estrechando afectuosamente aquella mano, pero sin cesar en su llanto.

Mad. de Beaurand se mantuvo de pie é inmóvil detrás de su tía, hasta que un criado anunció la llegada del médico.

Miguel, que había permanecido sentado en un sofá cerca de la ventana, sin haber hecho un movimiento, ni lanzado un gemido, desde que fué colocado en el lecho el cuerpo de su amo, se levantó de pronto al saber que estaba allí el facultativo.

Este no era ninguno de los dos ilustres cirujanos que Benoist había hecho llamar. Era sencillamente un médico oscuro de la vecindad, á quien encontró casualmente un criado, apresurándose á reclamar su auxilio.

El facultativo entró tímidamente en la estancia, se acercó al lecho, descubrió la herida donde la sangre se había coagulado ya, hizo algunas percusiones, y volviéndose hácia Benoist, dijo en voz baja:

— La bala ha atravesado el corazón; la muerte ha sido instantánea.

— Gracias, caballero, contestó Benoist con tono tranquilo. Será preciso, me parece, avisar á la policía.

(Continuará)

## EL GLOBO DIRIGIBLE

DE M. SANTOS-DUMONT

En el número 1.022 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA expusimos, tomándolas de la revista francesa «La Nature», algunas consideraciones acerca del globo dirigible de M. Santos-Dumont; en el presente vamos á dar la explicación detallada del aerostato.



M. SANTOS-DUMONT

El interés de las tentativas hechas por el citado inventor estriba principalmente en la introducción definitiva del motor á petróleo en la aeronáutica, en el ensayo de reducción de volumen á su límite máximo y en la intrepidez del aeronauta, que no ha temido asumir él solo la complicada tarea de maniobrar á la vez los numerosos órganos de propulsión, de dirección y de equilibrio.

El globo de M. Santos-Dumont, cuya parte aerostática ha sido confiada al constructor experimentado M. Lechambre, tiene la forma de un cilindro terminado por dos puntas cónicas; la longitud total, que había de ser de 34 metros, ha sido aumentada hasta 36, con 6'50 metros de diámetro máximo, ó sea una proporción de 5'5. Su capacidad es de 550 metros cúbicos, y se llena con hidrógeno, cuya fuerza ascensional es casi doble que la del gas del alumbrado.

A fin de asegurar la invariabilidad de forma y la rigidez que son indispensables en un globo dirigible para luchar contra la resistencia del aire, M. Santos-Dumont, siguiendo el ejemplo de sus predecesores, ha adoptado el pequeño globo compensador de aire, inventado por el general Meunier y construido por Dupuy-de-Lome por vez primera en 1872: es una especie de celda, aislada en el interior mismo del globo por un diafragma flexible de tela. Cuando la envoltura pierde su tirantez á consecuencia de alguna contracción del gas, basta insuflar aire en el pequeño globo, que se llena y cubre el déficit. El globo pequeño del «Santos-Dumont» no tiene, según creemos, más que 50 ó 60 metros cúbicos, lo cual puede parecer algo escaso, y está unido por medio de un tubo de tela á un ventilador de aluminio colocado cerca del motor y que introduce en él el aire automáticamente. Los dos compartimientos del gas y del aire van además provistos, en la parte inferior del aerostato, de válvulas de retención, de 15 centímetros de diámetro, ajustadas á la presión de la que no podría pasarse so pena de hacer estallar la envoltura, y equilibradas juntas á fin de que siempre se escape primero el aire.

En el meridiano horizontal de la envoltura se han cosido presillas interrumpidas, que forman como otras tantas correderas en donde se introducen, por sus extremos, pequeñas clavijas de madera destinadas á colgar las cuerdas que sostienen, á cinco metros debajo del globo, la quilla que sirve de sustentáculo á la barquilla y á los aparatos mecánicos.

Esta quilla es una viga ligera, de 18 metros de largo por uno de alto, y presenta un perfil triangular cuyas tres aristas están dibujadas por tres pies derechos de madera cimbrados y reunidos en punta hacia sus extremos, mientras la separación está mantenida por una serie de cuadernas triangulares, espaciadas regularmente. Unos alambres de acero tendidos oblicuamente aseguran la invariabilidad de forma.

Las cuerdas que unen la quilla al globo son simples cuerdas de acero de piano, de 8 milímetros, provistas de tensores con tornillo. M. Santos-Dumont no ha aplicado á esta suspensión el sistema triangulado que preconiza Dupuy-de-Lome; pero á consecuencia de la disposición muy convergente del conjunto de las cuerdas, podía esperarse que se realizaría suficientemente la invariabilidad de posición relativa entre

el globo y la quilla, lo cual es una de las condiciones de estabilidad.

La quilla contiene la barquilla, el motor y sus accesorios, distribuidos de manera que el peso esté convenientemente repartido. La barquilla, colocada á 2'50 metros de la cuaderna maestra hacia la proa, es una cesta de mimbres, ensanchada por la base, en la que sólo cabe el piloto. Los progresos que la industria del automóvil ha producido desde hace algunos años en la construcción del motor á petróleo, hacían de éste el más indicado hoy en día para la locomoción aérea. Como el conde Zeppelin y otros aeronautas alemanes, M. Santos-Dumont lo ha aceptado para su nuevo globo. Su motor es del sistema Buchet, de cuatro cilindros paralelos, con alumbrado eléctrico y enfriamiento por medio de aletas; la fuerza nominal del mismo es de 16 caballos á 1.600 vueltas. Un depósito cilíndrico permite llevar una provisión de 20 litros de esencia, que asegura cinco ó seis horas de marcha aproximadamente, lo cual es un aumento notable sobre la duración del viaje posible y una de las grandes ventajas que ofrece el motor de gas, gracias á la ligereza específica de su combustible.

La gran velocidad del motor obliga á intercalar un multiplicador que reduce á un límite normal el número de vueltas de la hélice, que varía entre 150 y 200. Esta hélice, cuyo árbol descansa sobre soportes suspendidos, es de dos palas formadas por una tela de seda engomada, tendida en un ligero marco de acero, y tiene cuatro metros de diámetro por otros tantos de paso. Funcionando á 200 vueltas y ensayada en el punto fijo, produce un esfuerzo de tracción de 80 kilogramos.

El aparato de dirección consiste en un timón triangular de tela, colocado entre el globo y la quilla y cuyo centro de acción está á 12 metros de la cuaderna maestra.

Los aparatos que gobiernan todos estos órganos llegan naturalmente hasta al puesto del piloto, que los tiene á mano, lo mismo que una ligera cabria que le permite hacer funcionar un aparato guía que merece especial mención. Consiste en un cable que corre por debajo de la quilla y cuyos dos cabos libres penden de los extremos de ésta; maniobrando la cabria, se puede hacer cambiar de sitio todo el cable, alargando uno de los cabos, acortando el otro, con lo cual se modifica la distribución de los pesos y se puede reglar la inclinación del globo: es, por consiguiente, un órgano de equilibrio. Lo propio puede decirse de un saco de lastre de 20 kilogramos de peso que se mueve á lo largo de la quilla. El aparato

de velocidad ó en el caso de una ráfaga imprevista. Uno de los inconvenientes del motor á petróleo es que imprime trepidaciones bastante fuertes al armazón sobre que descansa: lo esencial es que estas trepidaciones no se transmitan de un modo exagerado al mismo globo.

El globo, según parece, no desarrolló una velocidad propia superior á 6 ó 6'50 metros, siendo de lamentar que M. Santos-Dumont no haya podido medir directamente su velocidad, para lo cual existe un medio, el *ballon-loch*, que si no ofrece una exactitud absoluta, no puede en todo caso equivocarse más que por defecto y dar una indicación mínima; pero como el aeronauta iba solo en la barquilla, era imposible que pudiera atender á todo. Este es otro de los inconvenientes de la pequeñez del globo que, además, no permite llevar más que 20 ó 30 kilogramos de lastre, cantidad á todas luces insignificante para las maniobras más indispensables, sobre todo para la de tomar tierra. Un globo dirigible, para ser prácticamente utilizable, habrá de poder llevar dos aeronautas para las maniobras, y aun será conveniente que pueda conducir otro encargado de las observaciones, que las más de las veces serán el verdadero objeto de la ascensión. En estas condiciones, parece necesario un volumen de 2.000 metros cúbicos.

El globo «La France», ensayado en 1884-1885, tenía 1850 metros cúbicos; pues bien, tomando este globo como punto de comparación, se ve que bastaba una fuerza de nueve caballos para imprimirle una velocidad de 6'50 metros, al paso que su émulo de 1901, cuya capacidad es únicamente de 550 metros, exige unos 16 caballos para obtener una velocidad igual.

Suponiendo que se aumente el globo de M. Santos-Dumont hasta 1.850 metros cúbicos, dejándole la misma forma, el trabajo motor para asegurarle la misma velocidad sería de 28 á 30 caballos, al paso que nueve caballos bastaban al globo «La France» para lograr un resultado equivalente. ¿No se desprende de esta sencilla comparación que la fuerza obtenida por el nuevo aparato aéreo es muy inferior á la alcanzada anteriormente?

Por otra parte, conviene para precisar la cuestión persuadirse de que una velocidad de 6'50 metros es insuficiente para la resolución realmente práctica del problema. El coronel Renard apresuró á declararlo así el mismo día que lograba esta velocidad: si se quiere poder viajar de las diez veces ocho y resistir al viento, es preciso alcanzar una velocidad de 12 á 13 metros por segundo y aun excederla. En igualdad

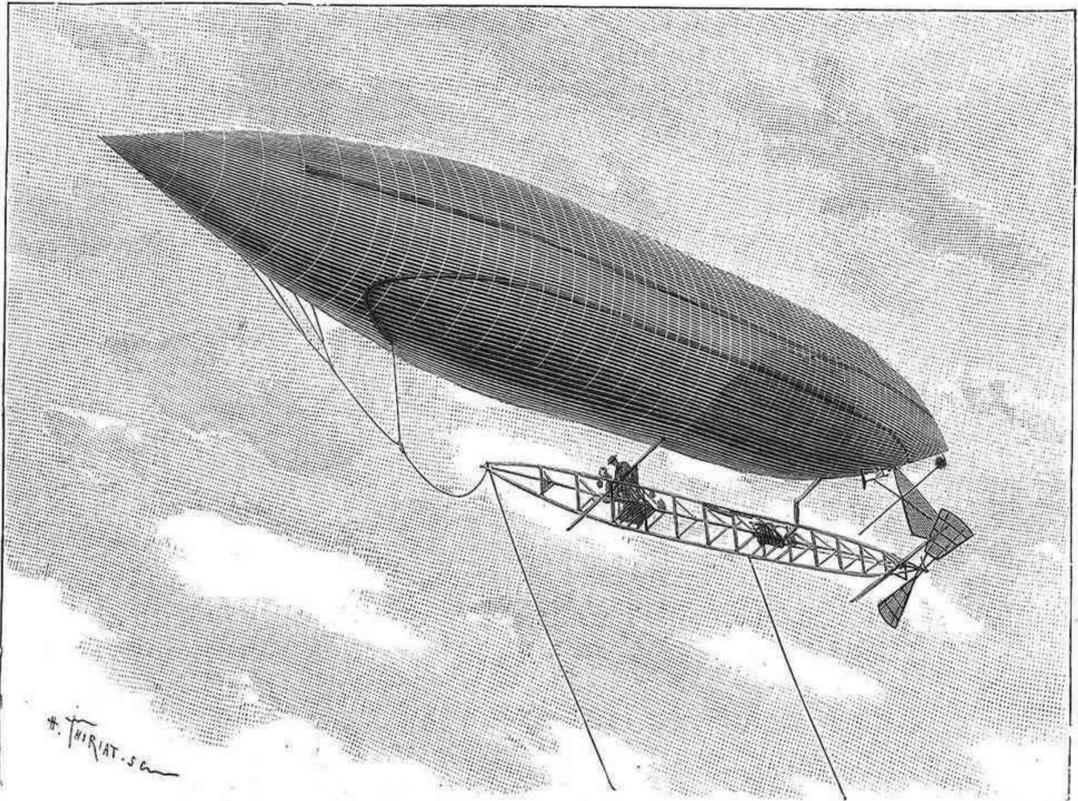


Fig. 1. — El globo dirigible «Santos-Dumont» en los aires

guía pesa por sí solo 38 kilogramos; el peso de la viga y de toda la parte mecánica no excede de 250.

Las ascensiones verificadas en los días 12 y 13 de julio han permitido comprobar la manera como marcha el aerostato, por lo menos estando la atmósfera tranquila, puesto que la velocidad del viento no pasó, al parecer, de dos á tres metros por segundo. El globo obedece convenientemente al timón y sigue bien su ruta; en el plano vertical el cabeceo es bastante fuerte y llegaría á ser peligroso con el aumento de

de circunstancias, la fuerza motriz aumenta en proporción al cubo de la velocidad, de modo que para doblar ésta es preciso multiplicar aquélla por ocho: un globo de 1.850 metros del tipo «La France» exigiría, por consiguiente, 72 caballos; del tipo del «Santos-Dumont» exigiría de 224 á 240. Las cifras son brutales, y las leyes de la resistencia del aire sobre los globos prolongados son bien conocidas desde los experimentos del coronel Renard, para que se pueda confiar en ellas operando sobre objetos análogos.

Puesto que algunos lamentables accidentes han venido á interrumpir la serie de ensayos de M. Santos-Dumont, es de desear que en las pruebas sucesivas se tengan en cuenta las enseñanzas que de aquéllos se desprenden. Pero tal vez no sería inútil plantear claramente los términos del problema é indicar el objetivo á que deben tender los inventores, inspirándose en los inolvidables trabajos de sus antecesores, los Dupuy-de-Lome, los Tirsandier, los Renard y Krebs. Estos últimos especialmente llenaron con anticipación las condiciones impuestas por M. Deutsch. En el concurso instituido por ese generoso Mecenas de la aeronáutica, ¿se trata en efecto de otra cosa que de efectuar un recorrido

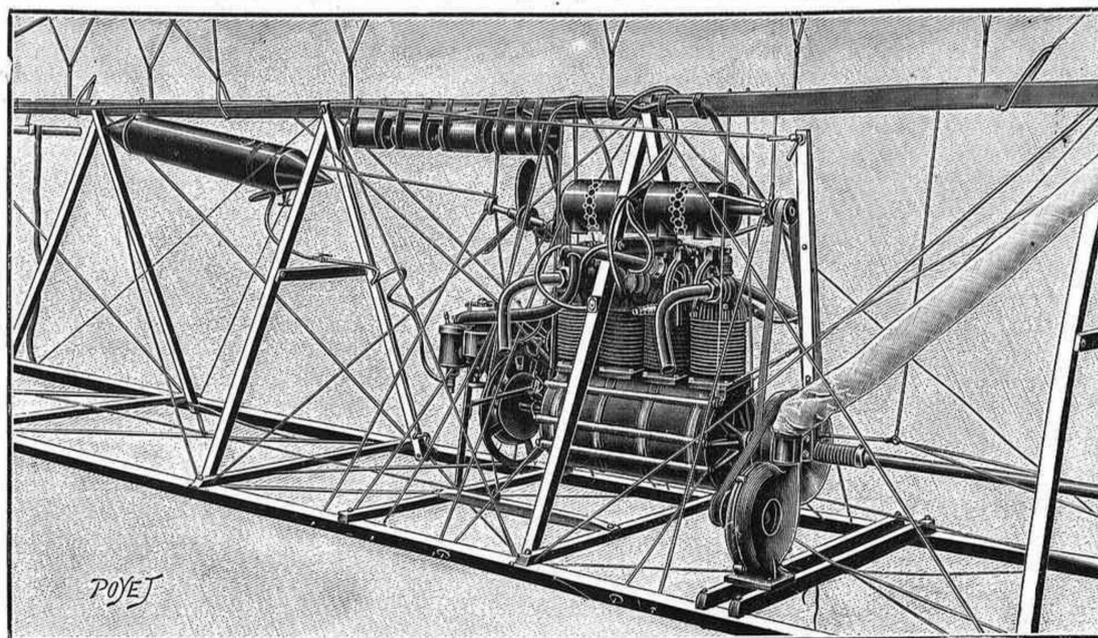


Fig. 2. — El globo dirigible «Santos-Dumont.» El motor. A la izquierda, depósito de esencia; carretes de inducción. A la derecha, ventilador para henchir el globo pequeño. En la parte superior, mecanismo para poner el globo en movimiento y árbol de la hélice. En primer término, tubos de escape, cilindros y cuerpo de pistón.

determinado, de 11 ó 12 kilómetros, volviendo al punto de partida? La duración máxima del trayecto se fija en media hora, lo que corresponde á una velocidad de 6'50 metros por segundo. Pues bien, en 1884-1885, Renard y Krebs realizaron este programa en cinco de las siete ascensiones que verificaron, recorriendo un círculo de unos 12 kilómetros con una velocidad comprobada de 6'50 metros por segundo. Ciertamente que ninguno de los dos dió la vuelta á la torre Eiffel; pero ésta no existía en aquella época, lo cual constituye una excusa suficiente, aparte de que el viaducto del Point-du-Jour y la Concordia poseen seguramente la misma virtud demostrativa.

G. ESPITALIER.

**AGUA LÉCHELLE**  
**HEMOSTÁTICA**  
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**Jarabe de Digital de LABELONYE**  
 contra las diversas **Afecciones del Corazon**, **Hydropesias**, **Toses nerviosas**, **Bronquitis**, **Asma**, etc.  
 Empleado con el mejor éxito

**Gragéas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
 El mas eficaz de los **Ferruginos** contra la **Anemia**, **Clorosis**, **Empobrecimiento de la Sangre**, **Debilidad**, etc.  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN**  
 HEMOSTÁTICO el mas **PÚBERO** que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las **Gragéas** hacen mas fácil el **labor del parto** y **detienen las pérdidas**.  
 Medalla de Oro de la **Sad de Fla de Paris**  
 LABELONYE y C<sup>a</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Las **Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**

**no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.**

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
 Aprobada por la **ACADEMIA DE MEDICINA**  
**PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856**  
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de **PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS**  
 1867 1872 1873 1876 1878  
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS**, **GASTRITIS - GASTRALCIAS**, **DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**, **FALTA DE APETITO** Y **OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION**  
 BAJO LA FORMA DE **ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT**, **VINO. de PEPSINA BOUDAULT**, **POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
 PARIS, Pharmacie **COLLAS**, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los **Males de la Garganta**, **Extinciones de la Voz**, **Inflamaciones de la Boca**, **Efectos perniciosos del Mercurio**, **Irritacion que produce el Tabaco**, y especialmente á los **Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz. — **PRECIO: 12 REALES.**  
 Exigir en el rotulo a firma **Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS**

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL DE LOS DRES JORET HONOLLE**  
**CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**  
 F<sup>ca</sup> **G. SEGUIN - PARIS**  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**Jarabe Laroze**  
**DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes**, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

**JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazon**, la **epilepsia**, **histeria**, **migraña**, **baile de S-Vito**, **insomnios**, **convulsiones** y **tos de los niños** durante la denticion; en una palabra, **todas las afecciones nerviosas.**  
 Fábrica, Expediciones: **J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>**, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con **Yoduro de Hierro inalterable**  
 Aprobadas por la **Academia de Medicina de Paris**, etc.  
 Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA de la SANGRE**, el **RAQUITISMO**  
 Exigase el **producto verdadero** y las señas de **BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con **Yoduro de Hierro inalterable**  
 Aprobadas por la **Academia de Medicina de Paris**, etc.  
 Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA de la SANGRE**, el **RAQUITISMO**  
 Exigase el **producto verdadero** y las señas de **BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con **Yoduro de Hierro inalterable**  
 Aprobadas por la **Academia de Medicina de Paris**, etc.  
 Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA de la SANGRE**, el **RAQUITISMO**  
 Exigase el **producto verdadero** y las señas de **BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
**PASTILLAS Y POLVOS PATERSON**  
 con **BISMUTHO y MAGNESIA**  
 Recomendados contra las **Afecciones del Estómago**, **Falta de Apetito**, **Digestiones laboriosas**, **Acidias**, **Vómitos**, **Eructos**, y **Cólicos**; regularizan las funciones del **Estómago** y de los **Intestinos.**  
 Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD.**  
 Adh. **DETHAN, Farmaceutico en PARIS**



Una calle de Oyarzun, cuadro de Andrés Larraga. (Salón París.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
**DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.**

**FUMOÛZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Satat-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTITION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.  
**EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.**  
 Y LA FIRMA DEL ABARRE DEL DR. DE LABARRE

**HARINA lacteada NESTLÉ**

Proveedor  
 de la  
**Real Casa**



26 Diplomas  
 de Honor.  
 31 Medallas  
 de Oro

**ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS**

Recomendado desde hace 35 años  
 por las Autoridades Médicas de todos los Países.  
 Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.  
 Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.  
 Para pedidos dirigirse á  
**MIGUEL RUIZ BARRETO**  
 Jerez de la Frontera.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida  
 curación de las Afecciones del  
 pecho, Catarros, Mal de gar-  
 ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,  
 Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de  
 este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
**Exigir la Firma WLINSI.**  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Frasco 5 fr. en París  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
**CANDES et Co.** 27 St-Denis 38

El único Legítimo  
**VINO DEFRESNE**  
 con  
**PEPTONA**  
 es  
 el más precioso de  
 los tónicos y el mejor  
 reconstituyente.  
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf  
 Y EN TODAS FARMACIAS.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**COLORES PÁLIDOS  
 AGOTAMIENTO  
 GRAJEAS Y ELIXIR  
 RABUTEAU**  
 El mejor y más económico  
 Ferruginoso.  
 CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

**CREMA y POLVO CHARMERESSE** HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ  
 DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS  
 Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazares.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN